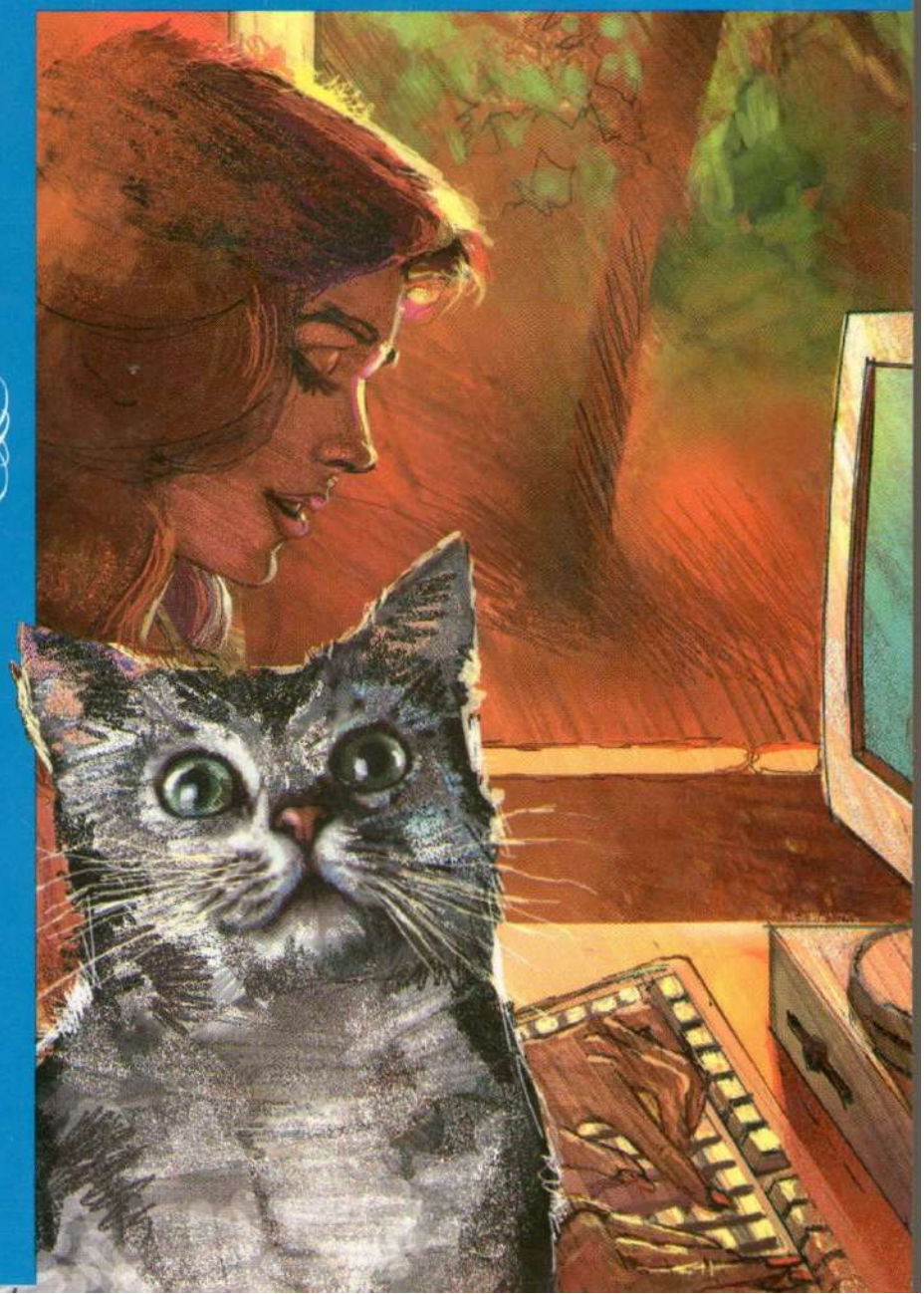
La gata sobre el teclado

Irma Verolín



ALFAGUARA

INFANTIL- JUVENIL

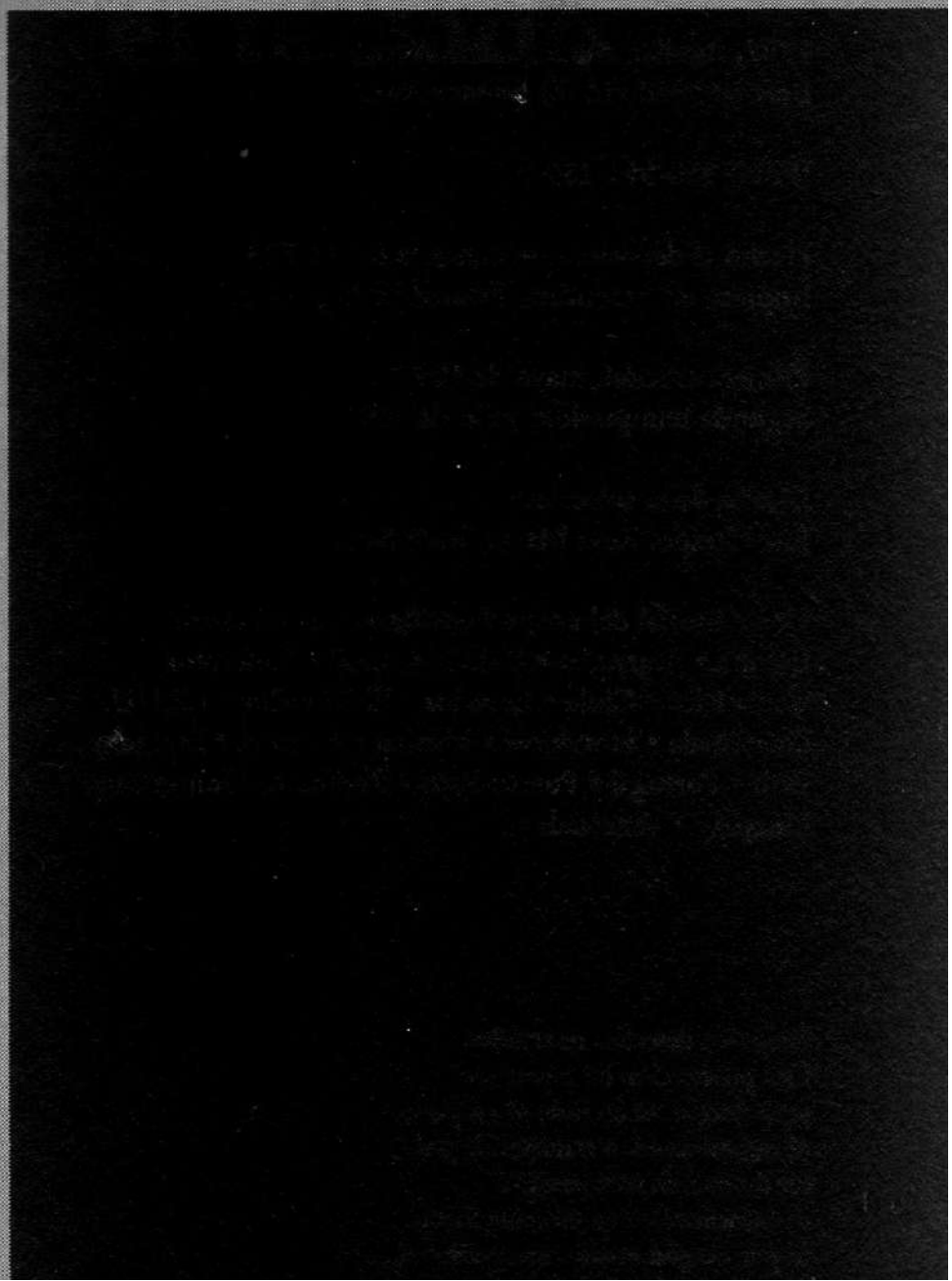
ALFAGUARA

Irma Verolín

LA GATA SOBRE EL TECLADO

La gata sobre el teclado

Irma Verolín



ALFAGUARA

JUVENIL

© 1997, IRMA VEROLÍN

De esta edición:
ALFAGUARA

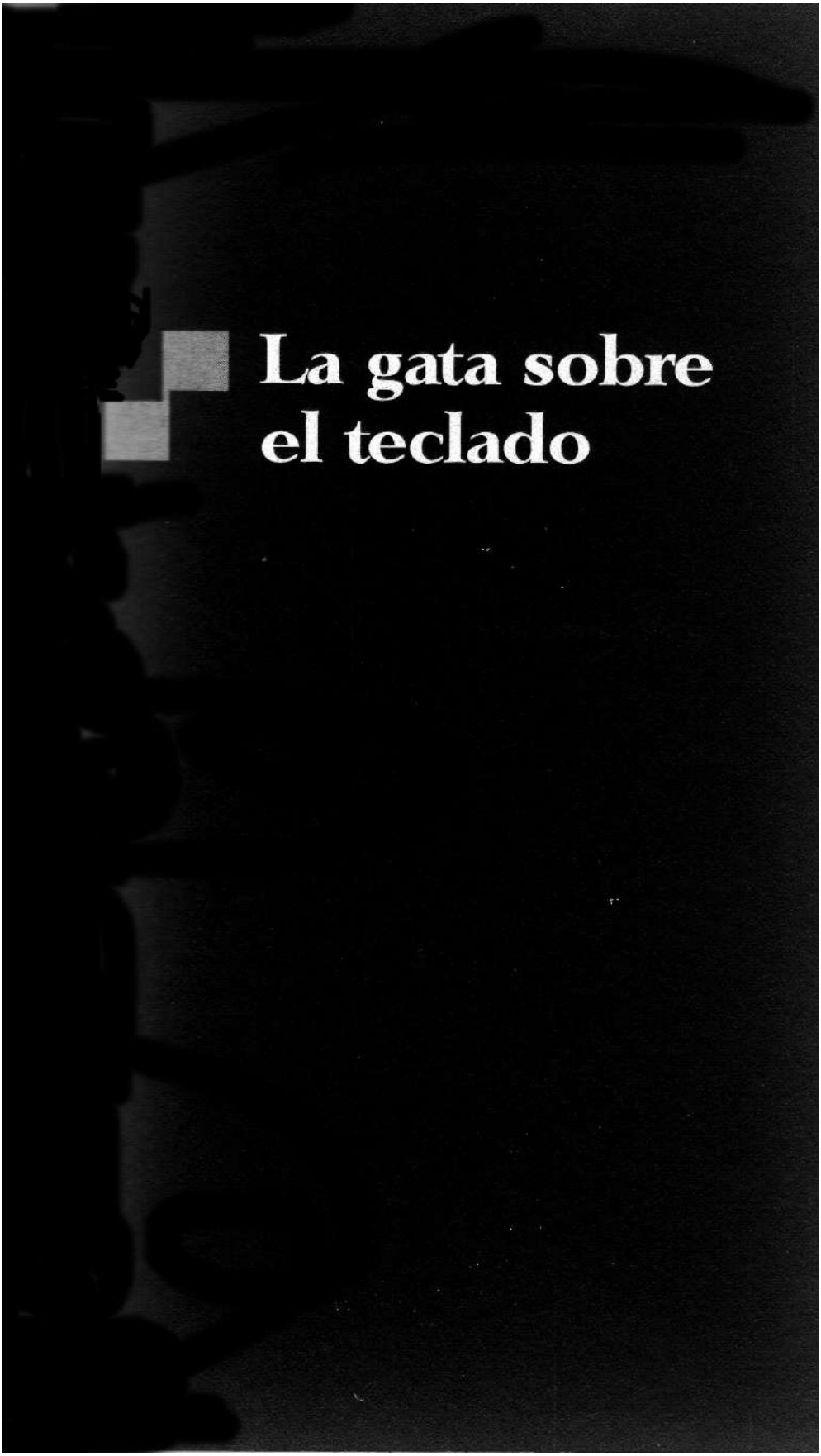
1997, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires

ISBN: 950-511-289-0
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina.
Primera edición: mayo de 1997

Diseño de la colección:
José Crespo, Rosa Marín, Jesús Sanz

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:
España • Argentina • Colombia • Chile • México • Ecuador
EE.UU. • Perú • Portugal • Puerto Rico • Venezuela

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editoral.



La gata sobre el teclado

A mi abuela Maruca

LA ENCONTRÉ AL PIE DE UN ÁRBOL

La encontré al pie de un árbol cuando vivía en aquel departamento chiquito con paredes empapeladas de cabo a rabo en motivos violeta y fucsia. Desde el zócalo hasta el techo crecían gigantes margaritas que daban la impresión de estar a punto de caerse de la pared. A mi abuela aquellas margaritas siempre le parecieron escandalosas. A mí, no está de más decirlo, me encantaban. Pero dejando de lado el asunto de las margaritas, vuelvo al pie del árbol, donde, como les decía, la encontré. La vi hecha un ovillo. Era un pequeño ser de hocico blanco y enormes ojos brillantes. Quiero aclarar que no se trataba de una gata enferma, medio maltrecha o casi moribunda como sucede en las películas de Disney. No, para nada, era una gata preciosa, gorda, con los ojos más grandes que he visto en mi vida. Pero grandes, lo que se dice grandes, en serio. No bien la vi, enseguida pensé: parece hija mía; porque yo también tengo los ojos grandes. Conste que no lo digo para mandarme la parte; claro que los míos son marrones. Los de ella, en cambio, son amarillos o dorados, aunque también verdosos. Digamos que su color de ojos depende de la buena voluntad de quien mira y de la lluvia y el sol y todo eso que dicen los del observatorio meteorológico.

La cuestión es que, apenas la vi, hice lo que hace medio mundo, dije:

-Michifuz… Michifuz…

Si la gata me hubiese hablado en aquel momento, seguro que habría dicho: ¿Michifuz?, qué antigüedad. Me juego entera a que esta mujer no tiene televisión.

Efectivamente, no tenía televisión ni tampoco la tengo ahora. Esa es una de las tantas cosas de las que todavía no me arrepentí.

Como yo iba al supermercado, llevaba mi canasta de mimbre de dos tapas.

Entonces, sin mirar hacia los costados, la metí de un saque en la canasta y cerré rapidísimo las tapas. Y ¡oh sorpresa! Hubo un silencio total. Pasaron algunos minutos. El silencio me parecía interminable. ¿Estará desmayada? Espié por una hendija finita y vi sus ojazos que me miraban. Estaba todo dicho: ahora me la llevo a casa.

Así, de esta manera tan sencilla, la Guaina entró en mi vida. Sí, la bauticé "Guaina", que es como llaman a las muchachas en Misiones o lo que, hablando en porteño, significa "piba".

No fue la única gata que tuve. En realidad debo aclarar dos cosas, la primera es que nunca he tenido demasiada suerte con los gatos. Ni con los gatos ni con los novios. Y la segunda, para ser absolutamente sincera, es que novios y gatos tuve a montones, pero siempre los perdí, por una causa o por otra.

La primera de todas las gatas apareció en mi vida cuando cumplí los dieciséis años. Entró en la vieja casa de Floresta por un ventanuco lleno de telarañas. Era negra, negrísima. De inmediato y o la sentí "mi gata", Pero, por lo visto, nadie en la familia lo había considerado de la misma manera, porque un buen día abrieron la puerta de calle y la gata salió a los piques. Yo la quería muchísimo y, en un rapto de audacia e imaginación, la había bautizado "La Negra". Creo que ni siquiera la gata se había percatado de mis sentimientos. Mi abuela dijo que estaba en celo, que era mejor que hiciera su vida por allí. Seguramente mi abuela tenía razón, De modo que buscando otros amores mi primera gata se perdió para siempre en los andurriales del barrio y de mi vida.

Muchos años después, cuando vivía en el departamento de las margaritas gigantes, me animé y fui al Jardín Zoológico. De allí me traje un gato muy pequeño que murió a los pocos días, sin que nadie pudiera descubrir la causa. Fue horrible, quedé muy mal. Pero, de todas maneras, me animé a buscar otro gato. Bueno, esta vez se trataba de una gata blanca hasta decir basta y distinguida igual que una duquesa. ¿Pueden creer que a las escasas tres semanas se murió también? Esto ya no me parecía una fatalidad. Era una maldición faraónica. El veterinario del barrio (ya les contaré sobre él) me observaba con un poco de pena. En fin. Y mejor que no hable de los dos entierros. ¡Dios mío! A la primera se me ocurrió enterrarla en el Jardín Botánico ¿A quién se le puede ocurrir semejante idea? ¡A mí! Sólo a mí. Anduve de un lado a otro llorando a moco tendido, con la gata a cuestas. No había lugar para animales muertos en el Jardín Botánico. Me paseé dando lástima entre jubilados y estudiantes hasta que se hizo de noche. Al final encontré en la calle a un empleado de la Municipalidad que estaba abriendo un boquete. El hombre la enterró allí, en la esquina de Coronel Díaz y Santa Fe. ¿Yo? Seguía llorando a mares.

El entierro de la otra gata fue peor todavía. Terminaron poniéndome inyecciones y haciéndome análisis y qué sé yo cuántas cosas más. Menos mal que las inyecciones no me dolieron nada.

-La Guaina te va a durar- me aseguró el veterinario.

Entonces ella me miró con sus ojos enormes como diciendo: ¿Vieron? ¿Qué se creían? ¿Que yo era una gata de tres por cinco? Las gatas de la calle somos así, populares, resistentes. Hace ocho años que vivimos juntas, pero que las hemos pasado... las hemos pasado. Y bien bravas. ¿No es cierto, Guainita?

¡MATAR, MATAR, MATAR!

Traigo a la Guaina dentro de la canasta. Voy caminando con la canasta que se inclina y pesa de un lado y del otro, igual que un tobogán. La gatita camina también dentro de la canasta. Va y viene. Yo avanzo derecho, derecho hacia mi casa. Me

siento una infame raptora. Mientras tanto la gata se sigue paseando dentro de la canasta que es un contento. ¡Se quiere escapar! ¡Maúlla! Qué papelón. Qué van a decir los vecinos...¿Y si me quedo sin gata antes de empezar a ser dueña? ¿Y si le da un patatús? ¿Se puede ser dueña de un gato? De una persona, no. Entonces ...¿por qué de un gato sí? Ay, que se me quiere escapar. Aprieto fuerte las dos tapas de la canasta. Buenos días, doña Rosa. Sí, sí, estoy haciendo las compras. Es cierto, qué caro está todo y sobre todo los artículos de limpieza. Entro en el edificio, presiono el botón del ascensor. Milagro: viene enseguida. La gata se me escapa en el ascensor y pega maullidos desesperados. ¿Se mareará también la gatita como me pasa a mí cada vez que el ascensor toma el impulso para bajar o ascender? Entre maullidos y movimientos torpes logro agarrarla de donde puedo. ¡La pobre gata está en el aire colgando de una sola pata! (Soy insensata, infame, cruel, no tengo perdón) Es que no sé qué hacer. ¿Me escucharán los vecinos? Qué dirán... Uaff, por fin logré meterla en la canasta otra vez. Pero este ascensor parece una carreta, no llegamos más. Llegamos. Con una mano me las arreglo para empujar las dos tapas de la canasta y con la otra abro la puerta del ascensor. La gata salta entonces como una energúmena desde adentro de la canasta. Y se queda paralizada en medio del palier. A que se me muere de un ataque al corazón. Encuentro la llave y abro la puerta del departamento. Entra cual chijetazo. Cierro la puerta de golpe. ¡Ya está! Uy, la canasta quedó afuera.

Ahora la gatita mira el piso, las cortinas, los muebles, las margaritas enormes del empapelado. Tiene los ojos salidos para afuera como si acabara de entrar en la cuarta dimensión. Sería lo mismo que si a mí me llevaran al siglo XXX sin aviso. Pobrecita. Yo, me imagino, debo tener cara de marmota. Me suele pasar. Mis propias decisiones me toman por sorpresa.

La gata tiene unos ojos enromes, enormes; y me mira. Quisiera decirle que ésta va a ser su casa. Pero me siento ridícula. Si se lo digo, ¿me entenderá? Trato de agarrarla y se asusta. Claro, para ella no soy más que una vulgar raptora.

Suena el teléfono. Es mi abuela, igual que todos los días a esta hora.

-Abuela, tengo una gata.

-¿Lo pensaste bien? Es una esclavitud, cada vez que quieras salir de vacac...

-Es preciosa.

-Ya sabés que cuando quieras viajar estás requetejodida. Decíme, ¿quién te la va a cuidar?

Tuve un pensamiento brillante: hace tres años que no viajo a ninguna parte.

-¿Dónde va a mear? Seguro que te ensucia el departamento. ¿No estará preñada? A que tiene pulgas...

-Gracias por tu optimismo, abuela.

-¿De qué color es?

-Blanca y negra.

-Ah, ni siquiera es de un solo color.

-Bueno, abuela, mejor llamame después.

-No, después tengo que jugar a la escoba de quince con doña Juana. ¿Cómo se llama?

Me inspiré de golpe:

-Guaina, se llama Guaina.- dije.

-¡Pero ese no es un nombre de gata!

-Así se llaman las muchachas en Misiones.

-Por eso, esto no es Misiones. Seguro que tiene pulgas.

¿Acaso tendría que haberla llamado Mimí? En el ínterin la Guaina iba de un lado a otro del departamento inspeccionando cada rincón. Todo lo quería conocer, explorar. Se la veía tan inteligente que pensé: en cualquier momento se convierte de sopetón en persona.

-Guaina...

La llamé por su nombre por primera vez y el corazón me dio un vuelco. La acababa de bautizar. Había entrado en mi vida para siempre.

Lo cierto es que ella no estaba enterada todavía de que se llamaba Guaina y yo no sabía que estaba llena de pulgas. En unos cuantos casos, debo admitirlo, mi abuela tiene razón.

La llevé a la veterinaria.

-A ver... a ver...- dijo el veterinario.

-Estoy chocha.

-Es una gata.

-Sí, ya sé. ¿Cuánto tiempo tendrá?

-A ver... y... más o menos seis meses.

-Qué bueno.

-¡Pero si esta gata está llena de pulgas!

-¿No me digas? ¡Y ahora qué hacemos!

-Matarlas. Ma-tar-las.

Matar, matar, matar. Qué feo ¿no? En tres segundos me puse a pensar y me di cuenta de que no tenía la más paliducha idea de cómo se mata una pulga. A decir verdad, era la primera vez que me topaba con una pulga en mi vida. Una o un

montón. Me imaginé al veterinario dando golpes contra la gata como un desalmado. Instintivamente agarré a la Guaina y la atraje contra mi pecho. Vi al veterinario darse vuelta y sacar de la vitrina un frasquito, un minúsculo recipiente con un líquido incoloro.

-Esta gata tiene pulgas. Mirá cómo se rasca.

Ah, qué gran descubrimiento: las gatas se rascan cuando tienen pulgas... Bueno, tampoco era cuestión de seguir repitiendo que mi gata era una pulguienta. Con decirlo una vez era suficiente.

-¿Vos nunca estuviste en el campo?- me preguntó el veterinario.

Se caía de maduro que no.

Mis ojos bajaron desde la cara del veterinario hasta sus manos. Las puntas de sus dedos se perdieron entre el pelaje blanco y negro de la Guaina. Hurgó y hurgó, hasta que sus dedos se unieron en un punto y entre ellos el punto era nada más ni nada menos que... ¡una pulga!

-¡Una pulga! Qué chiquita. Claro, de ahí le viene el nombre.

El veterinario se reía de mí. Y pensar que esa cosa negra chiquitita era tan traicionera. La Guaina tenía cara de víctima. Pero no era por las pulgas. Siempre, la muy pícara, iba a poner esa cara cuando la llevara a la veterinaria.

El asunto era así: había que rociar a la gata con el líquido asqueroso que estaba dentro del frasquito.

Era un asunto peliagudo. El veterinario me dio el líquido y me cobró. Pero antes llenó una ficha.

-¿Guaina cuánto?- me preguntó.

-¿Cuánto qué?

-Apellido.

Entonces comprendí que yo me había convertido, de un día para otro, en madre soltera.

DIME QUÉ COMES Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

Miro a mi gata como si mirara la octava maravilla del mundo. No es para menos: luce preciosa. Mi único problema es que no sé qué darle de comer. Le di carne picada, se la puse en un platito con una actitud primorosa. Ella se acercó y la olió. Juro que en toda mi vida había visto una expresión de asco tan grande en un animal o persona alguna sobre este planeta. Bueno, qué le vamos a hacer. Corrí hasta la carnicería y compré bofe. Desde siempre escuché que los gatos comen bofe. ¿Quién no lo sabe? Hasta en las novelas rusas los gatos comen bofe. Qué inmundicia me pareció el bofe mientras lo cortaba. Pero igual lo puse en el platito con un ademán muy amable. Lo mismo: sucedió exactamente lo mismo. ¿Podrán creerme si les digo que ella lo olio una sola vez y, con desprecio, salió de la cocina? Cuando me llama por teléfono mi abuela, se lo comento. ¿Y qué dice mi abuela? PUes que a lo mejor hay ratas escondidas y la gatita se alimenta con eso. Le pido que, por favor, no me haga bromas. Entonces se ríe:

-Ya van para dos días que la Guaina no come. Y yo sé que tiene hambre.- le digo.

Mi abuela hace un silencio pensativo. Después me corta rápido porque doña Juana está tocando el timbre: una sesión de escoba de quince. Lógico, doña Juana es su vecina, su amiga, su confidente y su contrincante en el juego de la escoba de quince, lo que ya es mucho decir.

La verdad es que me quedé muy preocupada. Pasó otro día. Le di galletitas, arroz hervido, pan integral, maní. A lo mejor es vegetariana. Pero no. El recuerdo de los otros dos gatos ya muertos que se habían vuelto tan flacos me atormentaba. Sentí miedo. ¿Y si la Guaina estaba en peligro?

La solución llegó por teléfono.

-¿No probaste darle corazón?- dijo mi abuela.

No, no había probado.

Fui corriendo hasta la carnicería y le puse corazón de vaca cortado a los apurones, unos trozos grandes y toscos sobre el platito. Se los tragó de un saque. ¡Tener que matar a una pobre vaca para que este ser se alimente! ¡Y por favor no me digan que el corazón es una comida muy sentimental! Yo soy vegetariana, aunque la Guaina todavía no lo sepa. Lo cierto es que mi abuela, una vez más, me había traído la solución. Ni que fuera adivina. No, adivina no es. Sólo tiene la experiencia que dan los años. Menos mal que hay gente que ha nacido antes que una; si no, no sé qué haríamos.

¿QUÉ PASA?, PREGUNTÉ

La Guaina se estira, se estira, es flexible como un junco. Esto, sumado a su diálogo constante con los ángeles que están del otro lado del aire, la convierte casi, casi en una angelita más. ¿Creen que estoy diciendo disparates? Pues no, a mí nadie me saca de la cabeza que los gatos tienen trato con seres que son de este mundo. Ustedes podrán decir que estoy loca, pero a mí esto nadie me lo saca de la cabeza.

A la Guaina le gusta el aire, lo ve corporizarse en partículas blancas infinitamente pequeñas. Las sigue con sus ojos más abiertos que nunca, sobre todo cuando el sol ilumina de lleno el departamento, entre las dos y las cuatro de la tarde. En esas dos horas inmensas ella abre tanto sus ojos que el punto negro del centro desaparece. Sus ojos entonces son dos manchas amarillas. Después, cuando el sol se está yendo, queda atrapada por el cuadrado blanco de luz que el mismo sol forma y que se va achicando lentamente. Cerca de las cinco de la tarde se arrima a esta vieja Underwood, donde yo generalmente estoy tecleando, y se queda allí hasta la hora de comer. De tanto en tanto su frío hocico me roza la mano y sus bigotes me pinchan un poquito el brazo.

La Guaina pasa mucho tiempo oliendo el aire. Yo sé que quiere detectar a los ángeles que están del otro lado del aire. Sé que mantiene largas conversaciones con los ángeles. Sé que los ve y los podría reconocer en cualquier parte. Pero, para mi desventura, ése es un secreto entre los ángeles y ella.

La adaptación a la llegada de la Guaina en mi vida iba a ser fácil, a pesar de que el departamento era chico, cerrado y sin balcón. ELla eligió sentarse al lado de la máquina de escribir que está apoyada sobre el escritorio que da a la ventana. Desde allí miraba el mundo. Qué mundo para mirar. El Hospital de Niños, con sus árboles y sus enfermeras

blancas y los chicos que iban y venían de la mano de sus mamás. Y los altísimos árboles y el patio de baldosas rojas que brillan muchísimo bajo la lluvia.

A mí, desde el principio, me pareció que la Guaina lo entendía todo. La miraba y me decía a mí misma: seguro que está pensando cosas de importancia. Además, es tan elegante. Engordaba, por cierto, a pasos agigantados. ¿Sería por la nociva influencia de las margaritas del empapelado de la pared? ¿Podían aquellas margaritas provocarle alguna especie de angustia oral? Fue mi abuela la que llegó a sugerir semejante barbaridad. Un día llevé a la gata al veterinario para vacunarla. El veterinario la observó cerrando un ojo y arrugando su cara, con ese gesto de estar sospechando, tan clásico en él.

-¿Qué pasa?-pregunté.

-Ay, ay, ay...

El veterinario me miró muy serio. Yo también lo miré seria. Después miré a la Guaina. El veterinario no tuvo que decirme nada. ¡Santo Dios! ¡Esta gata está preñada! La muy desgraciadita no me había dicho ni mu. En fin, me vi obligada a aceptar que la Guaina, igual que yo, tenía su pasado. Y nos fuimos las dos para casa.

QUÉ NOCHE, DIOS MÍO, QUÉ NOCHE

Yo estaba tan ilusionada con la idea de que la Guaina iba a ser mamá, que no hablaba de otra cosa. En las colas del supermercado, en la redacción de la revista, arriba del colectivo, donde fuera, no perdía oportunidad de, por ejemplo, decir: "¿Tiene usted animales?". Si me contestaban que no, estaba frita, si me decían que sí, ya sabía yo que contaba con una oreja atenta e interesada; porque nada une más a la gente que amar las mismas cosas. Además, los amantes de los gatos solemos ser más porfiados en nuestro amor, por no decir un poquitín maniáticos. ¿De qué puede hablar una persona que tiene una gata preñada? De mil asuntos. ¿La pancita de su gata se hinchó primero más arriba o más abajo? ¿Le cambió el carácter? El amor a los gatos da para todo. Y así anduve, que patatín y que patatán por cualquier parte. Mientras tanto, la pancita de la Guaina iba creciendo sin parar o, mejor dicho, lentamente pero sin pausa como todos los fenómenos sabios de la naturaleza.

Cuando me sentaba en el escritorio a teclear dale que dale en la Underwood, cada tanto girar la cabeza para mirarla. Ella era mi única familia. Al menos la única que convivía conmigo en el departamento. Siempre que la miré pensando que ella era mi única familia, me encontré con sus ojazos amarillos que parecían decirme: "Es cierto, es la pura verdad."

El tiempo, que está siempre secretamente aliado a la vida, que es su gran compinche, me iba dando la razón. La vida era una flecha lanzada dentro de la pancita de la Guaina y ya no se detenía. Nada había por hacer, sólo esperar.

Esperé. Desde el principio pensé que se trataba de algo indeclinable, ineludible, algo que no dependía de mi voluntad. De hecho no me equivocaba. Tocando la panza de la Guaina sentía que la vida estaba tan cerca y, sin embargo, se escapaba de mis manos.

Un día vi que la Guaina se escondía en el placard, se puso a hurgar entre los pulóveres. Aquel día no quiso comer. Qué lío, cuánto cachivache guarda una al divino botón. Ahí nomás, entre tanta cosa tejida, se acomodaba la Guaina.

-Guianita, ¿qué te pasa?

Y ella, nada.

-¿Guainita? Guainita...

De repente se me prendió la lamparita. Claro, está por parir. Qué pensamiento tan natural tuve.

Fui corriendo a buscar al veterinario, quien, frente a mis apuros y nerviosismo, sólo atinó a decir:

-Te felicito.

Todavía no les conté nada del veterinario. Ya les voy a contar.

Volví corriendo al departamento. Esta vez no traté de hacerme un bollo para poder entrar en el placard sino que metí la mano. Toqué algo pegajoso. Ay, ya nació un gatito, pensé primero. Dios mío. Lo agarré con cuidado. Me temblaba como gelatina sobre la mano. Salí de la oscuridad y caminé hasta el living. Encendí la lámpara. ¿Y qué encontré? En mi mano sólo había un huevo gelatinoso. ¿Qué hacer en un caso así? Salí corriendo de nuevo hasta la veterinaria. El negocio ya había cerrado. Toqué el timbre con la mano libre. La otra la mantuvo lo más lejos posible. Parecía la Estatua de la Libertad. Sin decir esta boa es mí le mostré al veterinario lo que llevaba en la mano. Se ve que el asunto era serio porque me hizo pasar con cara de peligro inminente.

-¡Y ahora qué hacernos!- exclamé.

La verdad es que yo no tenía la menor idea de qué era eso que llevaba en la mano, pero estaba muy lejos de ser un gatito recién nacido.

Tampoco podía pensar, lo único que sentía era esa cosa pegajosa y húmeda en mi mano. Quizá se trataba de un complejo de inferioridad de la Guaina. O acaso... ¡No! ¡No! ¡No me atrevía a pensar quién sería el padre!

-Qué macana -dijo el veterinario- está abortando. Claro, era demasiado pronto para que estuviera pariendo.

Casi me desmayo con esa cosa en la mano. No me desmayé, pero empecé a llorar. Tengo esa mala costumbre: de repente, cuando nadie se lo espera, me pongo a llorar a moco tendido. Y en esos casos estoy mal en serio.

-¿Será posible que a mi se me muera todo?

-La Guaina no se va a morir. Te lo prometo.- me dijo el veterinario.

Eran las dos de la madrugada cuando llevé a la Guainita envuelta en el primer pulóver que manoteé en la oscuridad. Francisco, que así se llama el veterinario, le puso una inyección. Me dijo que me quedara tranquila junto a ella hasta que expulsara el resto. Expulsar, qué palabra tan lejana a “parir”, a “nacimiento”.

Llegó la noche como todas las noches. La Guaina era una torta contra el piso de la cocina. Se quejaba levemente. Me di cuenta de que no era posible sacarla de ahí. Entonces me tendí en el piso junto a ella. Puse la mano, con suavidad, sobre su lomo. Así me fui quedando dormida. Los ruidos de la calle se habían ido aquietando. Era sábado. De pronto el roce en el hocico de la Guaina me despertó: ella no quería que le hiciera peso con mi mano, me pedía que la siguiera acariciando, era imposible dormir.

Al amanecer la Guaina ya había expulsado cuatro más de esas cosas y ya estaba dormida. Yo no dormí aquella noche. Había guardado, tal como Francisco me sugirió,

cada una de esas cosas gelatinosas dentro de una bolsa de nylon aséptica. Aquella misma mañana fui a la Facultad de Agronomía y Veterinaria para hacerlas analizar.

Cuando entregué en la facultad las bolsas con los huevos gelatinosos, yo debía tener tal cara de terror que la empleada me dijo que me tranquilizara.

-¿Qué edad tiene?- me preguntó.

-Veinticinco.

-No vos, la gata.

-Ah, siete, no, nueve meses más o menos.

-Mmmm.

¿Qué había querido expresar la empleada con aquel "mmmmm?"

Mientras tanto la Guaina era un trapo en la piso de la cocina. Ni se movía.

Los resultados no tardaron en llegar: la Guainita tenía problemas hormonales y no podía volver a quedar preñada, porque en tal caso su vida correría serios riesgos.

Y no se murió. Francisco llamaba por teléfono varias veces al día para saber cómo estaba la Guaina. Ella estaba bien, mansa y aplastada contra el piso, aceptando las leyes de la naturaleza como la salida y la puesta del sol. Me seguía mirando con sus ojos dorados, enormes, siempre enormes y ahora un poco resignados.

FRANCISCO, EL VETERINARIO

Francisco es uno de esos muchachos a los que, no bien una los e, enseguida califica:

-Este seguramente es músico o veterinario. Claro que también podría ser matemático.

Es cierto. Francisco tiene algo sutil, distraído o elevado, según se mire. Los músicos y los matemáticos, por manejarse en un mundo de puras abstracciones, se vuelven un poco abstractos. Tienen una mirada totalmente limpia, son casi lo opuesto a las personas pícaras. Ustedes me dirán: y qué tiene que ver un veterinario, que al fin de cuentas trabaja con seres concretos. ¡Tiene que ver! Yo pienso que los veterinarios eligen a los animales porque es lo que consideran más concreto de la vasta e inapresable creación. Un veterinario bien podría haber sido astrónomo. Porque cuando, por ejemplo, ellos tocan un gato, sienten que están tocando la puntita del Universo. Mi abuela diría simplemente que es un muchacho buenazo. Pero buenazos hay muchos y líricos de la ciencia, no tantos. Y por favor no crean que estoy o estuve enamorada de Francisco. No. No sé por qué, pero no. Tiene una melena de grueso cabello negro, la piel oscura, es lo que podría llamarse un tipo con pinta. Pero no. En estas cosas del amor, nunca se sabe por qué sí o por qué no. O se sabe a medias o se cree que se sabe. Siempre se escurren las explicaciones por esa suerte de agujeros negros de la vida que hacen que una siga buscando y preguntándose.

Francisco es bastante alto y corpulento. De rasgos fuertes. Todas estas características contrastan con su aire de estar en otra parte. Es descuidado en el vestir; yo no sé por qué siempre anda con camisas a cuadros. Para mí que su madre le compra un montón de esas que están en oferta en el Once y él se pone lo que le regalan. No le da ninguna importancia a la ropa. Se me ocurre que es uno de esos hombres capaces de tener un hobby de coleccionar objetos raros o de irse a pescar solo un fin de semana.

El otro día lo encontré en el supermercado. Compraba alpiste o algo por el estilo.

-¿Tenés pájaros?- le pregunté.

Me contestó que no, que hacía dieta macrobiótica. No parece, pensé. Yo no le dije que era vegetariana porque entre los macrobióticos y los vegetarianos a veces existe un poco de tirantez. Cada uno se cree que lo que come es mejor que lo que engullen los demás. Tonterías. Me di vuelta y noté que me miraba con una cara rarísima. Estaría pensando en mi Guaina. Sentí un poco de vergüenza. ¿Estaría enamorado de mí? Mejor seguir empujando el carrito. Sí, sí mejor.

GUAINA, SALVADA Y NOVIO EN PUERTA

La Guainita se salvó. Volvió a comer igual que antes sus grandes trozos de corazón crudo (pobre vaca). Pero había que operarla lo más rápido posible. Si llegaba a quedar preñada otra vez estábamos retequejorobadas. Fue horrible. Le raparon el pelaje a los costados de las patitas: la piel apareció casi por obra de encantamiento. Una piel tan rosada como la de los bebés. La había llevado envuelta en una manta color marrón. Ella parecía entregada. Después tuve que esperar dos horas y entonces vi salir a Francisco con la misma manta color marrón y la Guainita totalmente dormida.

Mi gata no se pudo parar durante dos días porque había quedado turulata por la anestesia. Lloré mucho. No lo pude evitar. Del otro lado del teléfono, mi abuela repetía:

-Qué sería de vos si hubieras parido un hijo. No tenés aguante. Deberías ser más fuerte.

Un día que mi abuela me escuchó llorando a mares, se atrevió a decirme:

-Bueno, después de todo no es más que una gata.

¡Para qué! Eso era lo peor que yo podía escuchar. La cuestión es que la Guaina andaba tirada por los rincones.

Pobre, mi abuela, al fin de cuentas sólo quería consolarme.

Por suerte un buen día yo dejé de llorar y la Guaina se mejoró. Entonces me di cuenta de dos cosas: que tenía el trabajo muy atrasado y que era la primera vez que no lloraba por un hombre.

El segundo hecho me puso contenta, la vida es más variada de lo que una cree. No sólo la vida sino también los sentimientos que somos capaces de experimentar. Con respecto a lo primero puse manos a la obra. ¿Todavía no les conté cuál es mi trabajo?

Yo escribo, como ya se habrán imaginado. Escribo textos, novelas, cuentos, poesías. Pero para vivir o ganarme el puchero como dice mi abuela, escribo para una revista. Inventé una sección titulada "Los trabajos y los días" donde los protagonistas son el hombre y la mujer de la calle, no los famosos que salen en televisión.

Pero volviendo a la operación de la Guaina y al otro descubrimiento, quiero contarles lo que me pasó dos días después de que la Guaina se puso bien: ¡Conocí a un hombre! Bueno, quiero decir que me puse de novia, o más o menos. Supongo que me entenderán.

-¡Con que te echaste un novio!- gritó mi abuela desde el otro lado del teléfono.

Gritó tan fuerte que a mí se me ocurrió que enteraron Dios y María Santísima, incluidos los vecinos.

¿Dije "un hombre"? Bueno, en realidad tenía pinta de muchacho. Se llamaba Juan y para recibirse de médico le faltaba rendir una sola materia: urología. El nombre de la materia es espantoso. El pobre se la pasaba estudiando. Ya lo habían bochado dos veces, era una auténtica fatalidad. Pero mejor empiezo por el principio. Lo conocí en el colectivo. Sí, ya sé que no es el mejor lugar, sin embargo en algún lado hay que conocer a la gente. A la gente y a los novios. Mi abuela dice que siempre es mejor conocer a los hombres en lugares cerrados: es más decente. Porque en la calle sólo se conocen desastres. Fue entonces, en el colectivo. Yo no sé por qué aquella tarde me había arreglado tanto. Hasta me había puesto base líquida en la cara. Nunca me pongo base líquida en la cara, es tan artificial, pero aquella tarde estaba, qué sé yo... contenta. La verdad es que en el colectivo no me había fijado en él. Cuando bajé, él se bajó. Y me dio conversación. Yo, jamás de los jamases, respondía a esta clase de invitaciones. Créanme, se los juro. Pero siempre hay una primera vez en la vida, dice mi abuela. Para mí fue ésta. Juan me informó que éramos vecinos y después empezó a recitar a Neruda y no sé por qué al escuchar esos versos de Neruda, que yo también me sé de memoria,

sentí que con ese mismo tono los hubiera dicho el mismísimo Neruda. Al rato supe por qué había tenido esa sensación: Juan es chileno. Qué lindo hablan los chilenos.

Parecía un muchacho tan normal, tan estudioso y sensato. Ojos verdes y bastante alto. Al otro día me di cuenta de que me llamaba por teléfono a cada rato y que recitaba a Neruda por lo menos tres veces al día. ¿Otras particularidades? Tuve la impresión de que se quería casar enseguida conmigo. Eso en el fondo me gustaba, aunque me daba un susto terrible.

-¿Qué tal el filito que te echaste?- preguntó mi abuela por teléfono.

-Abuela, qué antigua que sos. Ya no se dice más "filito".

-¿Y cómo se dice?

-Amigovio.

-Bueno, che, dejá que yo hable a mi antojo o como me salga. Hablo como una abuela. ¿De qué forma querés que hable?

Era muy coherente lo que decía mi abuela. Juan hablaba como chileno, mi abuela como abuela...¿Y la Guaina? Para mí la Guaina también habla, pero habla con una voz que, me imagino, es parecida a la de Greta Garbo: sensual, baja, aplomada.

A los tres días de haberlo conocido a Juan resolví someterlo a la prueba de fuego: La aceptación de la Guaina. Nada en este mundo ha sido más decisivo para mí. Si Juan llegaba a tener el mal gusto de decir, por ejemplo, "elegí entre la gata y yo", estaba requetejorobado. ¿Será capaz él de decir semejante estupidez? No tenía cara de tonto. Además era muy estudioso y...mmmm... por las dudas decidí posponer la prueba.

LAVANDINA POR AQUÍ Y DETERGENTE POR ALLÁ

Hoy estuve con bronca todo el día. Por poco casi llegué a darle un patadón a la Guaina. No, no lo hice, no me siento capaz de hacer una cosa tan espantosa. Por primera vez que en una semana Juan no llamó por teléfono. Y ya eran las tres de la tarde. ¿Entonces esto se terminó? Me puse a llorar, qué otra cosa podía hacer. En los días anteriores me llamaba por lo menos tres veces al día; o cuatro, generalmente a las cinco de la tarde él ya me había llamado dos veces. A mi abuela le pareció que yo estaba exagerando. A mí, para nada.

-Te la pasás llorando cuando no tenés novio porque no lo tenés. Y cuando lo tenés, llorás también. No sé qué es lo que busca la juventud ahora.

La voz de mi abuela había sonado igual que un balazo. Mejor que no llame de nuevo porque la voy a tratar mal. Después de llorar y tener la cara como un salchichón, me puse a escribir. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Escribiendo se me pasa la bronca. Mientras escribía, todo el tiempo me sentí como una viuda. Pensé que si andan los teléfonos no tengo novio; cuando no andan, tengo y cuando tengo las dos cosas no me llama (al novio, me refiero). Se me hizo un matete de silogismos, mejor seguir escribiendo. La nota para la revista ya la había escrito. Menos mal.

En el fondo, mientras escribía, mi cabeza era una protesta contra el mundo y los hombres. Más contra los hombres. Alrededor de las seis de la tarde dejé de escribir y me puse a limpiar la casa. Fregué el baño, la cocina, limpié vidrios, lavé las sábanas. La Guaina me miraba con cierta sorpresa. Que lavandina por allí, que detergente por allá, que limpiapisos y limpiavidrios por doquier.

Caí rendida en el sillón. De pronto sonó el teléfono.

-Me bocharon en urología.

-¡Qué alegrón, Juan!

-¿Cómo qué alegrón?

-Es que no me llamaste en todo el día.

-Pero si te avisé que hoy rendía la materia y recién me tomaron a las cuatro. ¡Flor de amansadora para un bochazo!

-Entonces tardaste dos horas en llamarme.

-¿A vos te parece que yo estoy para bromas?

-No, claro, no me parece.

-Voy para tu casa.

Por suerte frente al teléfono colgué un espejo porque cuando Juan dijo que iba a venir, vi mi cara reflejada. Un auténtico horror. Roja e hinchada a más no poder. Siempre que lloro mucho me convierto en salchichón.

-¡No!- grité.

Entonces la Guaina pegó un salto. Pobrecita.

-¿Qué pasó?

-Nada, mejor vení mañana.

Fui hasta la heladera y empecé a sacar cubitos de hielo. De lo contrario ni siquiera al otro día iba a dejar de ser un salchichón.

¿A QUIÉN NO LE GUSTA VER UNA GATA FELIZ?

Me siento tan feliz que salí a la calle a comprar paté para la Guaina. Siempre que me siento feliz le compro paté. Ella sabe que es así. Yo también. ¿A quién no le gusta ver una gata feliz cuando es feliz? Cada vez que agarro la pequeña lata, la Guaina empieza a maullar muy fuerte. Espera con mucha ansiedad que abra la latita. Por eso, no bien me ve agarrar el abridor, se pone a dar saltos.

El paté la vuelve loca. De manera que, apenas terminó de relamerse los bigotes, jugó con la latita vacía por todo el departamento. Ensució de lo lindo, pero no la reté. ¿A quién no le gusta ver una gata feliz?

Mi abuela llamó por la noche, cosa poco común en ella.

-¿Te llamó el *fulano*?

-¿El qué, abuela?

-El fulano.

-Supongo que te referís a Juan. Sí, llamó.

-Ay, nena, vos no tenés cura.

Después de decirme esto se puso contenta. La conozco tanto a mi abuela que sé muy bien cómo se siente del otro lado del teléfono. De todos modos me quedé pensando, porque cuando era muy jovencita y mi abuela me decía “vos no tenés cura” yo no podía parar de llorar. Sí, ya se lo que estarán pensando: que soy una llorona. Y tienen razón.

LA PRUEBA CRUCIAL

No le quise hablar a Juan de mi espera y mi lloriqueo. Tampoco él estaba con ánimo para que alguien le hablara de cualquier otra cosa que no fuera urología. Acusaba a su amargo destino y al profesor López Ganna e su desgracia. Toda la civilización moderna se oponía a que él fuese un médico recibido como Dios manda.

-Y encima se quejan de los curanderos y de la práctica ilegal de la medicina... ¡Malditos!

A todo esto, Juan iba echando resoplidos mientras caminábamos rumbo a la casa de una señora que se hacía poner inyecciones. Porque Juan se ganaba la vida poniendo inyecciones. "¡Vaya manera de ganarse la vida!", decía mi abuela. Es una manera como cualquier otra. Yo no creo que fuese motivo de vergüenza que Juan deambulara por los barrios de Buenos Aires con la jeringa en la mano.

El momento crucial se estaba acercando, Juan jamás había visto a mi Guaina, jamás lo había invitado a casa aunque, a decir verdad, él se había invitado solo montones de veces. "Flor de caradura", opinaba mi abuela con una risita picarona.

Cuando Juan terminó de protestar contra las autoridades de la Facultad de Medicina, el destino amargo y la anatomía humana, empezó a insultar a no sé quién y paso seguido me dijo que yo estaba mal vestida.

-¿Mal vestida?

Nunca nadie me había dicho algo tan ofensivo. Además, en un momento tan inadecuado. Y menos que menos alguien con quien yo aspiraba a casarme y que al unísono aspirase lo mismo que yo.

Al rato, siempre caminando, Juan empezó a decirme que yo estaba mirando a los hombres que pasaban. Juro que no me había dado cuenta de que pasaban hombres. ¿Pasaban hombres? Después me reprochó:

-Y conste que no te dije lo mal que actuaste la otra vez...

-¿Cuál vez?

Traté de recapitular nuestros encuentros anteriores. La verdad es que no habían sido tantos, en una semana mucho tiempo para encontrarse no hay...la verdad es que yo con él mucho que digamos no había hablado. Ah, debía tener en cuenta nuestras llamadas telefónicas, era justo, ¿no?

-Vos me insinuaste que yo no iba a aprobar urología... -dijo con una sonrisa ladeada y perspicaz.

Yo no tenía la menor idea de que fuera a rendir urología.

-Mirá, Juan...

-Ah... ¡con que vos andás buscando pelea!

Yo pensé: éste está loco.

La cuestión es que no sé cómo ni por qué terminamos en casa. Quise arreglar las cosas de alguna manera. En el camino me puse a llorar y ya no pude parar. Juan se condolió a medias, era evidente que existía una tensión demasiado grande entre los dos. En la esquina nos dimos un beso; la situación pareció mejorar y los ánimos, aplacarse. Al salir del ascensor le vi una cara espantosa. Cuando abrí la puerta del departamento escuché que dijo:

-¡Vos no me dijiste que tenías una gata...!

Pensé: además de loco es desmemoriado; vivo hablando de la Guaina.

Levanté los ojos en el momento en que Juan con un tono de voz monocorde y enfático, dijo:

-Elegí; la gata o yo.

Cuando cerré la puerta, Juan, lógicamente ya estaba en el palier. Empecé a llorar y ya no paré hasta que me dormí.

Me desperté temprano. La Guainita descansaba a los pies de mi cama. Suave y tierna se acercó con su hocico frío. Sonó el teléfono; como de costumbre, mi abuela:

-Tuve un sueño, en el sueño llorabas muchísimo, María, me asusté. ¿Se puede saber qué te pasa?

-No tengo más novio, abuela.

Me puse a llorar de nuevo.

-Era de esperarse. Sos una apurada. Ya que tanto te gusta tu gata, aprendé de ella. ¿No viste qué paciente es?

¡Flor de consuelo me estaba dando mi abuela! De repente tuve ganas de pelearme con ella también. Pero, no sé, sus palabras me empezaron a rondar por la cabeza. Aunque, por el momento, lo único que quería era dejar de llorar.

EL VETERINARIO SE COMPRÓ UN COCHE AZUL

Yo no entiendo nada de coches ni de modelos ni de marcas. En cuanto a los colores, sé que se ponen de moda unos y después otros: lo mismo para con la ropa nuestra, la de las mujeres. Así es que nunca le presto atención a si la gente viaja a caballo, en coche o monopatín. Sin embargo esta vez tuve que prestar atención porque fueron varios los comentarios que escuché en el barrio. El primero de todos fue en el supermercado. Una señora le secreteaba a otra:

-Flor de cochazo se compró, mire usted...

-¿Quién?

-El veterinario. Ese muchacho morocho. Francisco, creo que se llama Francisco.

Mirálo vos a Francisco, pensé.

La segunda vez fue en la calle, una chica muy jovencita le decía a su compañera:

-Yo por ese tipo y ese coche me muero.

En ese momento pasó Francisco con un coche azul que era de película.

Fui a la veterinaria a comprar aserrín y al entrar escuché que un hombre le decía a Francisco:

-Che, ¿te sacaste la grande o robaste un banco?

Francisco no me contestó y siguió, como quien no quiere la cosa, mirando un perrito pequinés que parecía no existir, pero que ladraba como si hubiera tenido el tamaño de un rinoceronte.

Ahora, cada vez que veo pasar a Francisco arriba de ese coche, se me antoja que es un príncipe, tu príncipe azul.

MI QUERIDA UNDERWOOD

Vengo de la calle: gran amontonamiento de coche, gente y ruidos. Lo primero que veo es el sol que entra por la ventana e ilumina mi vieja máquina de escribir Underwood. Es pesada y gordota. La Guaina también está engordando. Las quiero tanto a las dos, tanto. A la máquina la compré con mi primer sueldo, me acuerdo que llevaba puesto un conjunto muy de aquellos años: polleras acampanada negra y blusa amarilla. Fue en un antiguo negocio de la calle Córdoba. El dueño, un señor muy simpático, trajo la Underwood en su camioneta y mi abuela lo invitó con un café. En aquella época yo era empleada bancaria. Me resultaba tan espantoso trabajar en un banco que mi único consuelo era teclear la máquina hasta cansarme. Así conocí la sensación física de escribir; los dedos sintiendo el calor de la sangre, aquel movimiento que comprometía los músculos de mi espalda. Las horas pasaban en el viejo comedor de la casa de Floresta sin que yo me diera cuenta. Lo que más me gustaba de mi Underwood era su resistencia; aquella solidez anterior a todas las guerras me daba una seguridad muy grande. Yo sentía que los cuentos y poemas escritos no podían menos que tener la nobleza y la dignidad de mi digna y noble Underwood. Cuando me mudé a este departamento la cuidé como a una mujer embarazada y aquí está, ahora, sobre mi escritorio, atrayendo el sol. A un costado, la Guaina duerme hecha un ovillo.

Escribir, ir tocando con mis dedos cada una de las letras y ese ruido de tiempo que va transcurriendo, ese murmullo de hierro y papel, me han alimentado durante años. Nada importa, ninguna soledad, ninguna mala compañía, si yo estoy sentada frente a mi escritorio mientras la hoja de papel enrollada se va estirando hacia un lado cubierta de letras. Escribiendo puedo inventar un orden para tanto desconcierto. Y nada más importa.

La Guaina se extiende de lado a lado, a lo largo del escritorio. Busca el calor que da la lámpara y se amodorra. Se extendió, la muy atrevida, sobre las hojas nuevitas que acabo de pasar a máquina. Será posible, Guaina, que siempre me hagas lo mismo. Le digo que salga, y nada. Le grito que me está arruinando los originales. Pero ¿Qué sabe ella de originales? Sus cejas blancas y alzadas parecen transparentes bajo la luz de la lámpara. Cuando tecleo más fuerte mueve las orejas. Nada se le pierde, a todo está atenta. Ha colocado sus dos patitas delanteras con mucho cuidado sobre el vidrio y ha apoyado su hocico con gran delicadeza. El mundo podría venirse abajo -suponiendo que exista un abajo- y ella no se inmutaría. ¿Sabrá que en los titulares de los diarios se anuncia una nueva guerra en Oriente? Tal vez lo sepa de esa manera en que ella conoce las cosas, de una manera distinta, de esa manera en que los gatos comprenden, sin tanto palabrerío ni tanta hoja llena con palabras de puro vicio, nomás. ¿O se lo habrán contado los ángeles del lado del aire? Para la Guaina el mundo no tiene la importancia bestial que nosotros le otorgamos, para ella es un montón de imágenes que desfilan ante sus ojos y desaparecen. Sin embargo, huele el vuelo de las palomas. Ah, el mundo olido como ella sabe olerlo debe ser otra cosa. Yo he perdido mi olfato hace ya bastante tiempo, los dos atados de cigarrillos diarios que solía fumar acabaron con él. Ya no fumo, por suerte, pero tampoco puedo oler. Ahora la Guaina se estira y n mundo de papeles apilados se viene abajo. Empiezo a rezongar que es un contento. La echo de arriba del escritorio y después me enojo conmigo por haberla echado. Qué vamos a hacerle, Guianita, soy un amasijo de contradicciones.

SEÑORAS Y SEÑORES: MI ABUELA VA AL TRAUMATÓLOGO

Desde que tengo uso de razón mi abuela me llevó a ver médicos. De chiquita, al clínico, al oculista, al dentista. A los quince otra vez el dentista para ponerme esos horribles ganchos de metal en los dientes que entorpecían cualquier posible noviazgo. Y más adelante, por supuesto, a los psicólogos. Pero la vida da vueltas y se muerde la cola y ahora soy yo la que la acompaña a m abuela al médico.

-¡Qué se le va a hacer! La vejez no viene sola...- dice ella.

El médico más importante o el que más necesita mi abuela no es, como tal vez se imaginen, el geriatra; no, es el traumatólogo.

"Hoy tengo que ir al traumatólogo. Que el traumatólogo de aquí, que el traumatólogo de allá." Desde que recuerdo, a mi abuela se le llenaba la boca con la palabra "traumatólogo". Me daba un poco de risa que ella se mandara la parte repitiendo esa palabra.

Hasta hace poco tiempo mi abuela iba sola al consultorio del dichoso traumatólogo. Después se pasaba tres días hablando de él. Al principio llegué a pensar que estaba secretamente enamorada de ese hombre; sin embargo, cuando una caída por una baldosa floja en esta ciudad endemoniada la postró en cama, lo entendí.

-Mi problema es un problema de huesos. De osamenta, de armazón, ¿entendido?- repetía mi abuela arrugando su nariz.

Estas afirmaciones me daban que pensar. Se me hacía que los soportes de su propio cuerpo eran un desastre.

Por lo que ella me contaba supe que el famoso traumatólogo no sólo le daba unas cápsulas de colores psicodélicos, sino que "se ocupaba de la gente" brindando enseñanzas. Al menos esto me explicaba mi abuela; que no podía disimular que las

enseñanzas la fascinaban. Nunca llegué a saber cuáles habían sido porque o ella no sabía transmitírselas o yo no entendía o quién sabe.

Lo cierto es que hubo una primera vez en la que yo conocí al traumatólogo. No fue hace mucho tiempo. Puedo decirles que resultó un hecho importante, incluso para mí, por lo que les paso a relatar.

El famoso día en que teníamos hora con el traumatólogo hacía un calor insoportable. Mi abuela se quejaba:

-Con huesos como los míos y a mi edad es matador.

A la rastra llevé a mi abuela. Cruzamos calles sin árboles, sin un miserable techito donde repararse del solazo. Al parece el traumatólogo vivía del otro lado del mundo.

Cuando por fin llegamos, no bien tocamos el timbre, a mi abuela se le iluminó la cara. "Ni que el traumatólogo fuera el Presidente de la Nación", pensé. Santo Dios, la mujer que abrió la puerta parecía salida de un museo del terror. O si no era del terror, por lo menos de un museo. Llevaba un sombrero negro con tul y decía a cada rato_ "Yo soy la secretaria del doctor Chamberí", pues así se llamaba el traumatólogo.

El rostro de mi abuela se había transfigurado. El lugar daba la impresión de ser cualquier cosa menos un consultorio. Habían colgado retratos rarísimos y amuletitos y cuernitos y muñequitos y quién sabe cuántas cosas más. En vez de revistas semanales con chimentos, la secretaria nos dio a cada una un decálogo sobre el buen vivir, escrito en letra caligráfica, ¿Quién lo habría hecho? ¿La secretaria o el mismísimo doctor Chambert en sus horas de ocio?

DECÁLOGO DEL BUEN VIVIR

1. TENER CONCIENCIA DE QUE ESTAMOS VIVOS. NO OBRAR COMO EL AVE CANORA QUE CANTA SIN SABER QUE CANTA.

2. SER. SER. SER.

3. REGALAR UNA SONRISA ANTES QUE UNA PATADA.

4. EL MÉDICO ES EL MEJOR AMIGO DE LA FAMILIA.

Cuando leí esto último sentí una puntada en el hígado. Me acordé de Juan. Pero cómo ¿no era el perro el mejor ánimo? ¿O me equivoco?

De pronto la voz increíblemente aflautada de la secretaria del doctor Chambert dijo:

-¿Cómo van sus huesos, abuela?

Yo me imaginé los huesos de mi abuela andando solos por ahí.

-¡Y cómo quiere que vayan, con este tiempo de porquería!

-Sin embargo- dijo la secretaria del doctor Chambert- , en este mundo hay un tiempo de porquerías y un tiempo de maravillas.

Entonces bajó los ojos como para que la aplaudiéramos. No la aplaudimos porque se abrió la puerta. ¡El doctor Chamber! ¡El esposo de Morticia, el de Los locos Adams! Increíble. ¿Qué estaba haciendo en este barrio perdido, digo, en el fin del mundo?

-Doctor Chambert, qué alegría verlo- gritó mi abuela.

No, por lo visto no era el esposo de Morticia Adams.

-Veo que viene usted acompañada por una futura paciente- dijo el doctor.

Yo pensé: la boca se te haga a un lado.

-¿Cómo tiene usted los huesos, señorita?- preguntó el señor Adams.

-Bien, bien.

-Eso dicen todas al principio. Pero después...

-Mmmmm- musitó mi abuela.

La miré: tenía la cara más pícara que he visto en toda mi vida.

-¿Acaso no decía usted lo mismo, abuela, cuando tenía la edad de su nieta? Porque usted es su nieta, ¿no?

Mi abuela dijo: "Sí, sí, sí." moviendo la cabeza hacia abajo con tanta fuerza que creí que se le iba a quebrar algún hueso.

Porque el tema, sin duda, eran los huesos y no sólo los de mi abuela. El doctor, señalándome con su dedo índice, me lanzó a quemarropa una pregunta:

-Piense usted, señorita, piensa, concéntrese: ¿qué queda de un dinosaurio al cabo de millones de años?

La miré muy seria.

-¡Huesos!- gritó él.

Sentí sus palabras igual que una acusación, claro que primero tuve que dar un salto en la silla.

-A ver, dígame, ¿los animales que no tienen qué son? ¡A ver!

-Son moluscos, insectos, arañas, gusanitos: seres inferiores, seres sencillamente repugnantes- me explicó el doctor.

-Claro...

-A ver. Y cuando una persona dice: te quiero hasta la médula, hasta los huesos. ¿Me entiende?

-Sí, entiendo- dije por decir algo.

Cuando hablaba, el doctor Chambert movía íntegramente el rostro Sus cejas se levantaban sus mofletes bailoteaban, diría que se expresaba desde los huesos.

Yo, mientras él continuaba dándome ejemplos, pensaba que un médico de cualquier otra especialidad podía decirme que todo era visceral, que lo importante eran las vísceras. O el corazón. O el cerebro. Pero este asunto del hueso fundamental obsesionaba al doctor y subyugaba a mi abuela.

No le presté demasiada atención al doctor, aunque en cierto momento me puso en las manos una estampita y una hoja de no sé qué y un palo de no sé cuánto.

Cuando salimos a la calle mi abuela rebosaba de falta de dolor de huesos y yo me quedé asombrada por algo muy diferente a un hueso: ¡El choche azul del veterinario estaba parado prácticamente frente a la puerta del consultorio del doctor!

Mi abuela no me prestó la menor atención. Yo me quedé ahí, parada, sin moverme.

Ella dijo: vamos. Y yo no me moví. Sentí que mi abuela tiraba de uno de mis brazos. Todavía me daban vueltas en la cabeza algunas frases del doctor: a otro perro con ese hueso. Hueso duro de roer...

No encontré excusas para seguir parada delante del coche azul. Pero cuando mi abuela y yo estuvimos en la esquina pude ver claramente el cuerpo del veterinario con su camisa a cuadros entrar en el coche y luego al coche irse en dirección contraria a nosotras. ¿Qué haría Francisco en ese barrio perdido? ¿Tendría problema de huesos? ¿Visitaba a Chambert? ¿O una casa vecina? “Qué causalidad”, dije. Y una voz dentro de mí repitió enseguida: no existe la casualidad.

SIEMPRE, EL TELÉFONO

Hace un rato que la Guaina ha estado dando vueltas por este pequeño departamento. Al baño lo desechó de entrada: es oscuro, frío, húmedo. Fue a la cocina, inspeccionó todo con mucha seriedad y salió, derechita, derechita. Entró en mi habitación, merodeó cuanto rincón encontró y se tendió un rato sobre la cama. Sin embargo pronto, de un salto, la dejó. El living no le dio demasiado trabajo porque, por lo visto, buscaba el sol. El sol estaba prácticamente confinado a mi escritorio y allí está tendida ahora, cuan larga es, al costado de la Underwood. Ha empezado a lamerse desde la punta de las uñas hasta el extremo de su cola, su larga y finita cola negra. Su paciencia gatuna me conmueve hasta los huesos. Me río pensando que ésta sería una frase digna del doctor Chambert.

La Guaina tiene cuatro patas y a cada una le dedica un tiempo magistral con su lengüita. Aunque, se me ocurre, el tiempo no existe para ella. Sí para mí que mañana tengo que entregar la nota a la revista y todavía estoy en veremos.

Suena el teléfono. Como estoy escribiendo, tardo en atender. Es un timbrazo muy largo, y hasta más largo que de costumbre, se me antoja. Me levanto y atiendo.

-¡Quisiera saber por qué tardaste tanto en atender!- dice la voz, enojadísima, del otro lado del teléfono.

-Ah, sos vos.- digo.

(Es Juan, que habla como si ya fuera mi marido después de quince años de casados.)

-Sí, soy yo, y creo que lo sabías, por eso tardaste tanto en atender...

(La Guaina estira su pata derecha y la una con su lengua igual que si se tratara de ponerle dulce a un pedazo de pan. De repente sus ojos dorados me miran desde el escritorio, parecen reírse.)

-¡Contestáme!- grita la voz del otro lado del teléfono.

-Te escucho.- digo.

(La Guaina se estira toda y se vuelve a acomodar, ahora le toca el turno a la pata izquierda trasera. Hábilmente la dobla hacia un lado y hacia el otro. Y me vuelve a mirar con esos ojos principescos que tiene, la muy bella.)

-Yo necesito una explicación.

(¿Será una explicación sobre su materia fatal: la urología?)

No, era sobre "lo nuestro", porque enseguida me dice:

-Te imaginarás que no estoy muy feliz que digamos, primero por el bochazo en urología y después por tu actitud. Espero que me pidas perdón.

-¿Perdón?

(La Guaina se está pellizcando una a una las tetitas. Son blandas y rosadas. Sus bigotes blancos se pliegan y ella, con una infinita delicadeza, va y viene estirando su lengua y su cuello, de aquí para allá.)

-Yo sé que sos una mujer con muchos defectos, pero estoy dispuesto a perdonarte si demostrás que sabés pedir perdón.

-Un momento, escucháme Juan.

-¿Si?

-Decime una cosa: ¿por qué no te vas un ratito al diablo?

Y corté.

Sobre el escritorio, bajo un haz de luz, la Guaina seguía dale que dale con su lengüita. Dentro de media hora el sol iba a desaparecer. Muchas cosas iban a desaparecer. Me asombró que yo no tuviera la menor gana de llorar. Mientras tanto la Guaina usaba su lengüita para sentir su cuerpo como una totalidad.

Sonó el teléfono otra vez. Por lo visto la lengua de mi abuela se ponía en funcionamiento. Estaba chocha de la vida. Había recibido una tarjeta de felicitación para las fiestas de fin de año del doctor Chambert.

-María, te leo el pensamiento que me puse. Este doctor es un genio.

-Dale, abuela, te escucho.

-Escuchá, sí, escuchá: "Si bien lo importante en este mundo es el hueso, desde el caracú en su sopa hasta la columna vertebral -pero piensen un poco, oh mortales-, los mayores daños que causan a los demás y a sí mismos provienen de la sin hueso. Si domináramos nuestra lengua para hablar y comer, el mundo sería otro..."

Yo me quedé estupefacta. Parecía increíble. Me acordé de esas películas de los años cincuenta en las que la muchacha está enamorada y piensa en la música de la canción que bailó con el muchacho. Justo en ese instante enciende la radio y sintoniza un programa donde están emitiendo esa canción. Así me pasó a mí. Ya me estaba resultando interesante este doctor Chambert, aunque un poco ridículo y estrafalario, a decir verdad.

-¡Qué me contás!- dijo mi abuela del otro lado del teléfono.

-Maravilloso, abuela, maravilloso.

Mi abuela hizo una especie de ronroneo de satisfacción que daba a entender: vos que te creías que mi traumatólogo era un chante, ¿eh?

Sobre el escritorio la Guaina se lavaba la cara. Qué inteligencia, se mojaba una patita y se la pasaba por los bigotes Entonces me miró. Sus ojos parecían hechos de luz. Imaginé que se había tragado todo el sol. Para la noche me quedaban su mansedumbre y el sol. ¿Qué más se podía pedir?

OTRA VEZ EL COCHE AZUL

Salía corriendo con la nota para la revista, igual que siempre, sobre la hora y con la lengua afuera, cuando vi que Francisco cerraba la veterinaria una hora antes de lo acostumbrado y, arrastrando una enorme caja con machas de barro, se metía en el coche azul. ¡Tenía una cara! ¿Una cara de qué? Dos vecinas se codearon al verlo pasar en semejante coche y movieron las cabezas apretando los labios. "¿Qué está pasando acá?", me dije. Si yo también hubiera tenido un coche lo habría seguido con la nota de la revista atrasada y todo. Mis pobres finanzas no me permitían hacer lo que tan comúnmente se hace en las películas: llamar un taxi, meterse rápido en él y decirle al taxista: ¡Sígalo! ¿Iría de nuevo hacia el barrio del doctor Chambert? Ah, y encima estrenaba una camisa a cuadros, porque ésa no la conocía. Rojo y blanca; parecía un jugador de fútbol.

Por la tarde fui a comprar piedritas de baño a la veterinaria y traté de escrutar más en la cara de Francisco. ¿Cara de qué tenía? ¡De veterinario! ¿En serio? Suele suceder que cuando una se acostumbra a verlo así, así lo ve siempre porque un día le dijeron: éste es veterinario. ¿Pero y si además de veterinario fuera otra cosa? ¿Podía Francisco estar en algo sucio? Sucio como por ejemplo...y, no sé. ¿Cómo se puede conseguir un coche así de un día para otro? Una idea feísima se me cruzó por la cabeza, pero enseguida la borré: narcotraficante.

La borré de un plumazo en el instante en que sonaba el teléfono. No podía ser otra que mi abuela, esta vez traía buenas noticias:

-¡Sentáte o caéte de espaldas!

-¿Por?

-Te salió la sucesión.

La verdad es que casi me caí de espaldas porque estaba parada. La idea que se me cruzó por la cabeza no fue borrada de un plumazo: mudarme. La Guaina y yo necesitábamos un balcón. Entonces me dije que a lo mejor era una mal pensada... ¿y si a Francisco le había salido la sucesión?

Puse en venta mi departamento y empecé a buscar otro, por cierto más grande y más alejado del centro de la ciudad. Empecé a recorrer tantos barrios que por la noche caía rendida. La mayoría de los empleados de la inmobiliaria tenían un aire triunfante y próspero; al parecer tanto ladrillo encimado les daba una cierta confianza en el porvenir o, al menos, en "su" porvenir. Lo interesante de este asunto de visitar departamentos es que se conoce gente y, en especial, cómo vive la gente. Una viejita que vivía con su hermana resultó ser tan dulce que, aunque el departamento no me convenció mucho, casi lo compro; era tan simpática, tejía en un rincón y me decía que mirara todo lo que quisiera. "Mire, mire y haga lo que quiera, ¿quiere espiar dentro de los placares? Mire con confianza, ésta puede ser su casa".

También estaban esos departamentos vacíos, pintados de blanco y en un rincón una empleada maquilla mirando hacia el infinito. Qué desnuda es una casa desnuda. Siempre, frente a las casas vacías, me imagino la vida de gente ausente, de personas que aún no nacieron. O en todo caso, de una fantasma. Qué extraño: los departamentos vacíos me atraían pero me llenaban de pena al mismo tiempo.

La cuestión es que al cabo de quince días había vendido mi departamento y ya había señado otro. Qué raro es mudarse. Sacar las cosas de un lugar, recuperarlas de su escondite, desenterrar objetos que tal vez no sirvan nunca ni tampoco hayan servido para nada. Son tantos los objetos que una va llevando y arrastrando. Claro que también

existen mis libros. ¡Mis libros! Até un sinfín de paquetes con hilo sisal. Se me hicieron callos en varios dedos.

Lo cierto es que un día, cuando ya estaba cansada de sentirme con un pie aquí y otro allá, cuando ya no me quedaba ningún rincón donde encontrar nada para embalar, vi las enormes margaritas violetas y fucsias colgando de la pared. Ni un solo cuadro las interrumpía. Cerré la puerta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Había vivido tres años en aquel departamento. Abajo me esperaba un camión con muebles y objetos apilados y cajas. La Guaina estaba metida en la canasta y seguramente maullaba sin parar. ¿Pueden creer que no bien subí al camión y arrancamos vi que adelante iba el coche manejado por Francisco? No les miento: por lo menos durante media hora el coche de Francisco estuvo delante de nosotros. De tanto en tanto sacaba un brazo para girar y le veíamos la manga de su camisa a cuadros. Nosotros enseguida girábamos detrás de él. En muchos momentos quise gritar: “Siga ese coche”. Y me dio risa. Por fin el coche azul de Francisco dobló en una esquina y nosotros seguimos hacia adelante, hacia mi futuro barrio, una casa nueva para la Guaina y para mí.

VIVO AQUÍ

Llenar un espacio de paredes blancas, encontrar un lugar par a mí y para la Guaina en un sitio sin historia, abrir los cajones y verlos vacíos, descubrir que las canillas gotean interminablemente y que los picaportes de las puertas están falseados y que faltan llaves o que sobran cerraduras, que no recuerdo mi número de teléfono, que la Guaina llora y llora, que se pierde y se asusta. No estoy hecha para una vida nómade, ir continuamente de aquí para allá debe ser un martirio. Ahora sé de una vez y para siempre que jamás me podría haber casado con beduino del desierto.

Me cuesta adaptarme, lo confieso. Lamentablemente creo que necesito más tiempo que otra gente. Me gustaría aprender a aceptar los cambios con más naturalidad. SIn embargo, me resulta difícil. El nuevo departamento es hermoso, luz por todas partes y un balcón como para diez Guainas. Aquí, mi gatita ya no tendrá que buscar el sol convertido en un rectángulo de dos a cuatro de la tarde. Decidir dónde poner la máquina de escribir es lo más complicado. De repente suena el teléfono en alguna parte y encuentro el aparato entra tanta caja y cachivache desperdigados. Es, naturalmente, mi abuela:

-¿Qué tal? ¿Cómo va la mudanza?

-¡Estoy cansada de hacer todo sola!

-Buscate un marido que te ayude...¡Eso!, casáte en vez de quejarte.

-¡Ja!, lo decís como si fuera soplar y hacer botellas.

-Fijate bien en orientar la cama, que sea hacia el norte y, andes de guardar cosas en el placard por primera vez, rezá un Padre Nuestro y dos Ave María. Y pedile a Santa Rita que te mande un novio.

Es de no creer, pero al otro día, cuando todavía tenía la casa revuelta, salí a ala calle y ¿qué vi? ¡El coche azul de Francisco! Y en la mismísima puerta de mi casa. ¿Que no era el coche de Francisco? La patente era la misma. ¿Qué se creen, que a esta altura no la había memorizado? Miré bien: 223223. Era la de él. Me asusté. ¿Este coche me perseguía o era una alucinación? Entonces, como si ya cualquier cosa pudiera ser posible, veo a Francisco que camina hacia mí.

-¿Qué hacés acá?

-Vivo acá.- le digo.

-Pero cómo, ¿no vivías enfrente de donde yo tengo la veterinaria?

-Me mudé.

-¿Cuándo?

-Ayer.

-Yo también vivo acá.

-¿Acá? ¿En este edificio?

-Sí.

-¿No es un poco lejos de la veterinaria?

-Sí, es un poco lejos, pero que le vamos a hacer. No todo se puede elegir.

Qué raro, pensé, vendiendo ese cochazo podría comprar dos veterinarias juntas.

Se subió a su coche azul y se fue.

Lo seguí con la mirada. Dobló hacia la derecha y desapareció.

LOS VECINOS DEL OCTAVO “B”

-Con los vecinos es mejor llevarse bien, aunque es recomendable no llevarse demasiado bien. Mirá, nena, yo con los vecinos siempre fui partidaria del “Buenos días, buenas tardes, buenas noches”. Y listo. Nada de meterse en casa ajena ni de estar abriéndola la puerta a medio mundo Es preferible pasar por antipática.

Estas han sido las clásicas opiniones de mi abuela. Yo las llevé a cabo casi por educación. Tanto lo repitió que, al ver a un vecino, de inmediato me volvía desconfiada. Yo digo: ¿un vecino no es acaso un ser humano?, ¿un padre de familia?, ¿un sobrino? Pues a mi eso no me entraba. Ahora encima lo tenía a Francisco por vecino. Antes era mi veterinario, entonces todo andaba bien. Pero de golpe se me había convertido en vecino. Qué injusticia. No era fácil acostumbrarse. Me preparé para el “Buenos días, buenas tardes, buenas noches”, ¿Y si me preguntaba por la Guaina? Nada, no le contestaría absolutamente nada. ¡Qué tanto!

Debo decirles que el problema no fue Francisco, por lo menos al principio, sino los del octavo “B”. Francisco vivía en el cuarto “A”.

Con los del octavo “B” era muy común encontrarse porque, si bien no compartíamos el ascensor, eran los únicos vecinos que yo tenía en el piso. Además, colocábamos la basura en el mismo lugar. Claro que podría haberlos evitados si ellos mismos no se hubieran metido en mi vida. No bien me mudé vinieron enseguida a saludarme y a presentarse. El mismísimo día de la mudanza, la más rubia de las dos mujeres se plantó frente a mí y dijo:

-Es un gusto tenerla a usted de vecina, sé que será para bien de todos nosotros su aparición. Antes vivían aquí personas con mala energía. No está de más decirle que estamos muy contentos de que se hayan ido.

A pesar de que no habían sido muy amables al hablar mal de gente desconocida por mí, la señora me había caído maravillosamente. Me dio la impresión de que era una de esas señoras un poco pintorescas, pero divertidas. Junto con las dos mujeres vivía un hombre alto a quien llamaban José. Aunque a veces lo llamaban de otra manera. En fin. Al principio tuve dudas: ¿había dos hombres mellizos o uno con dos nombres? Les aviso que el hecho no me quitó el sueño. No podía decir lo mismo del coche azul de Francisco. Algunas veces desaparecía de la puerta de calle, al parecer Francisco alquilaba un garaje en alguna parte.

A los pocos días me di cuenta de que mis vecinos del octavo "B" querían hacer buenas migas conmigo. Insistían en pararse frente a mi puerta con las más variadas excusas. El día en que la Guainita se asomó, la señora más rubia lanzó un grito. Fue un grito de alegría muy ruidoso, que hizo que la Guaina pegara dos saltos seguidos. Es una asustadiza de tres por cinco.

-Los gatos son seres formidables.- me dijo después la señora.

Les confieso que con esa frase la señora me ganó para siempre.

-Venite a visitarnos, venite, venite con la gata.

-¿Con la gata? Mire, la gata no sale casi nunca de casa. Es un poquito desconfiada.

-Por algo habrá de ser. Sus razones tendrá.

Entonces la señora me gustó mucho más todavía.

A la semana acepté la invitación de mis vecinos del octavo "B". Fui, pero sin la gata. Lo primero que me llamó la atención fue que la casa estaba llena de espejos, espejitos y espejotes y carpetitas tejidas al croché hasta en los lugares más inverosímiles. Pronto me di cuenta de que las tejía la señora menos rubia. Se trataban entre ellas con mucha

amabilidad, o que me pareció muy bien; sin embargo, tuve la impresión de que eso les hacía perder bastante tiempo. La más rubia se llamaba Persina y su hermana, la que tejía, Fedora. Habían preparado café y masitas. Fedora tejía sin parar y Persina me miraba fijo, tan fijo que me puse nerviosa.

-Usted se preguntará por qué la miro tan concentrada.- me dijo.

-Sí, la verdad que sí.

-Estoy tratando de ver su aura.

-Ah, claro, lógico...

(¿Estaba tratando de ver qué cosa?) No me animé a preguntar, en el fondo de me daba miedo. Qué tontería ¿no? Creo que el aire de la habitación me empantanó los sesos.

Después, casi enseguida, mirando fijo, sin parpadear, me dijo en seco:

-Me animo a decirle que tengo la absoluta seguridad de que tu gata es la reencarnación de Cleopatra.

(¡Dónde me metí! Santo Cielo, mi abuela tenía razón.)

-Este... qué honor.

(Bueno, perfecto, perfecto, ahora mismo le voy a dar la noticia a la Guaina, me levanto, me voy y no nuevo nunca más.)

-Tengo grandes secretos para revelarle.- anunció Persina.

(Persina, no persiana.)

-Ah...

En ese instante entró el señor alto y me lo presentaron.

-Este es José, nuestro hermano menor.

-José tenía la mano fría y pegajosa y sus párpados temblaban constantemente. Tomó su taza de café, sonrió dos veces y al final se fue por la misma puerta por la que había entrado.

Persina hablaba sin parar y su hermana tejía del mismo modo. Yo casi no abrí la boca, respondía con monosílabos. Persina me habló de seres extraterrestres, ánimas presentes entre nosotros y brebajes para mejorar la salud o salvar el alma.

De pronto la puerta se abrió y apareció el hombre alto y Persina gritó:

-¡Marcial, otra vez! ¡Marcial entre nosotras!

Tenía un tono de voz como el de los *showmen* que anuncian a un cantante de moda.

-¿Pero cómo -dije- no se llamaba José?

-Es el cuerpo de José, pero ahora se ha posesionado de él el espíritu de Marcial, que en paz descanse.

Por lo visto Marcial no descansaba en paz porque empezó a quejarse de las desventajas de vivir en otro plano de existencia.

-No tener cuerpo es tan fastidioso y aburrido. Se puede volar, sí, pero no es lo mismo. A mí me gusta pisar la tierra con los pies. No quiero ser un fantasma. ¡Me opongo!

Cuando Marcial, perdón, digo José, digo Marcial, terminó de hablar, conocí la voz de Fedora, una voz finita y muy musical que dijo:

-Muchas gracias, Marcial.

Luego Fedora se dedicó a continuar con su tejido y no volvió a abrir la boca.

Persina también agradeció. Paso seguido, Marcial se fue.

Yo observé la ropa de Marcial y su anillo y sus zapatos y pude descubrir que el hombre alto que apareció por tercera vez, a quien llamaron Roberto, era el mismo que antes había hablado en nombre de Marcial.

Pero Roberto no hablaba. Se tomó otra taza de café y volvió a irse por la misma puerta por la que había entrado. A todo esto yo tenía ganas de salir corriendo para no regresar jamás.

-Me gustaría que nos trajera su gata.

(La gata es sagrada.)

-Bueno...este...

-Necesitamos que hable, que nos dé información sobre la vida de Cleopatra.

(¿Entendería Persina el idioma egipcio?)

Logré escapar con la promesa de visitarlos de nuevo. ¡Ni una noticia a mi abuela se semejante visita! Si se entera, me mata. Antes de que me fuera, Persina me aconsejó:

-Cuidado con le muchacho del cuarto "A".

-¿El veterinario?

-¡ja! ¡Veterinario! Si este es veterinario yo soy Marilyn Monroe.

-¿Usted lo conoce?

-Conozco a todo el mundo, y ése es un malandrín. Yo sé lo que le digo, cuídese.

-María, me llamo María.

-Tenía que tener el nombre de la Virgen para ser tan buena-

(La Virgen es más sagrada que mi gata. ay, qué mezcolanza: La Virgen, Cleopatra, Marilyn Monroe y qué sé cuánto.)

Al llegar a mi departamento cerré la puerta con dos llaves. ¡Uia!, una carta. Estaba tan impresionada que no atiné a ver quién me había escrito. Había sufrido un shock vecinal. Puse el sobre arriba de la mesa y fui a buscar a la Guaina.

-De la que te salvaste, Guainita...

Ella me miró con sus ojos enormes como si sospechara de dónde venía.

DOMINGO

Hoy es domingo y los domingos me encantan. Cuando era chica los domingos iba a misa. Iba con mi abuela que guardaba la mantilla en la cartera (la verdad es que ya en esa época nadie usaba mantilla, mi abuela vivía en el año del jopo y seguía insistiendo en mantener sus costumbres) y las dos caminábamos más de diez cuadras bajo los árboles inmensas de Flores, nuestro barrio. Volvíamos envueltas en olor a incienso o eso, al menos, creía yo; y me sentía contenta y comíamos ravioles que la abuela había amasado y pasábamos la tarde charlando con las vecinas de enfrente, mis amigas de toda la vida, aunque, por habernos criado en el mismo barrio éramos casi hermanas.

Domingo.

Ahora por fin la Guaina y yo ya nos habíamos adaptado a la nueva vivienda. Me había despertado preguntándome si la Guaina podía ser la reencarnación de Cleopatra. Me pareció un reverendo disparate. Fui hasta la cocina a calentar agua para el mate y buscando la bombilla me topé con la carta. Me había olvidado completamente de que yo misma la había dejado sobre la mesa. Pero allí estaba. Sobre alargado, letra redonda y sin remitente.

Abrí el sobre rasgando el papel de adentro.

"María, estoy aquí, en un lugar que no podrás imaginarte nunca. Sé que no lo imaginarás y si llegaras a imaginarlo no te gustaría. Pero el lugar es una circunstancia. Ahora solo me interesa llegar a tu corazón, Pienso que estarás sola, la gente siempre está sola cuando lee carta. ¿Y tu gata? ¿Qué tal tu gata? No permitas que engorde tanto, le reducirías años de vida.

Quiero que sepas que pienso en vos, con amor.

TU NOVIO ANÓNIMO"

Me quedé con la boca abierta y la carta en la mano. Yo no conozco a ningún "anónimo". Bueno... conocí tantos, tuve tantos novios... ¿Será alguno ya olvidado? No, eso es imposible. Empecé a repasar la lista de novios perdidos: Ernesto, Alfredo, Osvaldo, Pedro, Oscar, Marcelo, Ricardo, Horacio, Horacio segundo... no, dice "anónimo" es porque aún no lo conozco. Escribe lindo el anónimo.

Fui hasta el living todavía con la carta en la mano y encontré a Guainita limándose las uñas en el sillón rosa. La corrí hasta el balcón. Le he prohibido más de mil veces que haga eso.

Sonó el teléfono. Debía ser mi abuela:

-¿Sabés, nena?- me dice- Ayer a la noche le gané dos partidas seguidas a Juana... Che ¿no me felicitás?

-Sí, pero quiero contarte una cosa. Recibí una carta de amor.

-¡Espero que no sea el loco ese que tiene que rendir reumatología!

-No era reumatología, sino urología. No creo. Ahora me hacés pensar, abuela. Ojalá no sea él. A ver... No creo. ¿Sabés por qué no? Porque no le di la nueva dirección y le pedí al portero que tampoco se la diera. La firma el novio anónimo.

-Nena, eso es más viejo que andar a pie.

-¡No me digas!

-Cuando alguien quiere hacer un zafarrancho firma: anónimo o un amigo anónimo. ¿Decís que es una carta de amor? Bué... siendo así. Ah, te quería contar que leí tu última nota en la revista. No me habías contado que introducías hechos de mi vida. Qué

manera de ventilar las intimidades de la gente. No sólo ventilás tus intimidades sino que metés a la familia.

-No me digas que te molesta, abuela.

-Para nada. ¡A mi edad!

Tuve que cortar la conversación: la muy desgraciadita de la Guaina se estaba limando de nuevo las uñas en el sillón. Le pegué tres gritos. Pensándolo bien, si en serio era la reencarnación de Cleopatra debería tratarla mejor.

ENTRE VECINOS Y RECIBIENDO CARTAS

No quise darle importancia a la carta de (¿mi?) novio anónimo, pero no podía dejar de pensar en eso. La leí montones de veces tratando de encontrar una pista. ¿Y si me habían hecho una broma? Era lo más seguro. Se me puso entre ceja y ceja que era una cargada del veterinario. ¿Quién mejor que él sabía de mi Guaina? Aunque también podía tratarse de los vecinos. Los chiflados del octavo "B". Un día no me aguanté más, bajé hasta el cuarto piso y con cualquier pretexto le toqué el timbre al veterinario. El pretexto fue la Guaina. Iba a pedirle la dirección de una buena veterinaria en el barrio.

Me abrió la puerta con una cara rarísima. Primero tardó en atender, tanto tardó en atender que creí que no estaba. Ya me iba cuando le vi la facha. ¿Cara de qué tenía? Me dijo que en ese momento no podía atenderme, que volviera después. Me quedé pensando y al final me dije una cosa: sólo un drogado podía tener una cara como aquélla.

Volví a mi departamento. Al rato sonó el teléfono: era él. Muy simpático me decía que era mejor la veterinaria de la vuelta que la de no sé dónde. Me dio la impresión de que se estaba recuperando y quería disimular. Si hasta aquel momento había tenido dudas, ya no las tenía. Para colmo, al salir vi el coche azul con la chapa de la patente totalmente manchada de barro. ¿Manchada de barro o sucia a propósito para ocultar el número?

Todo esto me había puesto muy nerviosa y encima me tenía que andar escapando de los vecinos del octavo "B", que lo único que pretendían era invitarme otra vez a tomar el té. A mí y a la Guaina, por supuesto, ya que, según ellos, de la Guaina iban a extraer valiosas informaciones. ¡Santo Cielo! Quién me mandó a mudarme a este loquero.

A los pocos días recibí la segunda carta.

"Querida María:

No sé de qué color son tus ojos, pero me imagino que serán grandes (estaba en lo cierto). Como podrás notar no te conozco tanto, o por lo menos no te conozco físicamente. Me gustaría llegar a tener una charla con vos algún día. Por el momento no es posible. En el mundo en el que estoy los colores son escasos. Levantarme cada día es un esfuerzo muy grande..."

Lo primero que pensé es que era un embustero. Después se me ocurrió que había sinceridad en sus palabras. ¿Sería ciego? ¿Paralítico? Digo, por las cosas que decía ¿no? La carta, para ser sincera, me conmovió. Además de complicarme la vida. ¿Y si era una cargada?

Al día siguiente alguien tiró un papel bajo mi puerta. Sonamos, otro anónimo. No, no era anónimo, eran los vecinos del octavo "B" que me invitaban a tomar el té y me pedían que me cuidara mucho del caradura del cuarto "A"; me habían visto charlando con él (¿cuándo?, ¿dónde?). Me pregunté si mis vecinos me espiaban, Me sentía perseguida por medio mundo. Decidí irme a trabajar y llevar la nota a la revista. En esta última nota me despaché a gusto con mis propias ideas. Respecto a las cartas de amor, Francisco quedaba automáticamente descartado. Algo me decía que esto del novio anónimo era un asunto bien serio. Bien serio y muy anónimo.

LLEGA LA POLICÍA

Las ideas que yo había tenido sobre Francisco cambiaron totalmente. Nunca me dejé llevar por insinuaciones ni comentarios de terceros. Pero aquí había algo raro. Pensar que era narcotraficante me costaba un poco., pero que había algo raro, algo raro había. Yo misma lo vi, con mis propios ojos. Sin embargo crecían mis dudas. Esas eran cosas de película. Algo tenía que pasar, porque el otro día justamente tocaron el timbre equivocado, Como el portero no estaba, bajé yo a abrir. Era un policía. Preguntó por la persona que vivía en el cuarto "A".

-¿Francisco?- le dije.

-Sí, Francisco Borrás.

-Tengo el deber de no entregar esto a nadie que no sea él.

-¿Se puede saber qué es?-pregunté.

-Es una citación para presentarse en el Departamento de Policía.

¡Santo Cielo! Con esto estaba todo dicho.

Pasaron los días y no supe nada de Francisco. Después lo vi contentísimo, lo más campante, como si no hubiera pasado nada. A lo mejor ya estaba acostumbrado. Qué vergüenza.

Le comenté todo esto a mi abuela y se encogió de hombros, para ella es peor el alcoholismo que la droga.

-Lo que pasa es que la droga no existía en tu época, abuela.

-En mi época existió de todo. Pero el alcohol es la droga de los pobres y en el mundo hay más pobres que ricos.

Yo tenía ganas de averiguar, pero me daba miedo, porque el que se mete con el hampa o el mundo de la droga está perdido. ¿Entonces iba a mantener un silencio cómplice?

Esto ya se estaba convirtiendo para mí en problema de conciencia. ¿Y si era sólo consumidor y no traficante? En ese caso necesitaba ayuda. Pero... ¿Y el coche? Ése era un coche de magnate o de...narcotraficante. Llamé a un centro de ayuda para drogadictos. Me dijeron que si la persona no quería salir de su problema o recuperarse por sí misma, era difícil ayudarla.

-¿Es usted familiar del adicto?

-Este... sí...

No sé por qué mentí.

Después me quedé pensando: ¿No estaría yo enamorada de Francisco? ¿Y si las cartas anónimas me las escribía él cuando se drogaba?

Un día bajé por las escaleras porque el ascensor no funcionaba y lo vi dejando la bolsa de basura. Hacía un frío terrible y él andaba con los pies descalzos en el mosaico. Me saludó efusivamente. No debía sentir el frío por el efecto de la droga, seguro, retequeseguro.

La tercera carta de mi novio anónimo fue la mejor de todas.

REUNIÓN DE CONSORCIO

Estamos todos reunidos. Como siempre alguien levanta la mano para quejarse del perro que ladra, del que riega las plantas y le moja el balcón, de que siempre se quemen las bombitas del palier. De esto, de aquello y de lo de más allá. ¿Sabía usted que las cerámicas de su balcón importadas y carísimas? Ah, y la música fuerte y el señor del cuarto "A", ¿se puede saber que hace a las cuatro de la madrugada que se escuchan golpes extrañísimos y a semejantes horas? A todo esto Francisco no se hizo presente. Nunca se hace presente. ¡Ni que se sintiera culpable! La señora del octavo "B" me saluda ostentosamente, se ve que no se resigna y quiere seguir indagando sobre mi gata.

Me llama la atención que no sólo los del octavo "B" critiquen a Francisco; en algo raro debe andar si no es en lo que estoy casi segura anda. De repente un seor empieza a gritar. Dice que a él nadie lo escucha. Entonces grita más fuerte y su cara se pone horrible. El hombre se lleva la mano al pecho y hay que llamar al hospital. Dicen que no es la primera vez que le ocurre esto durante las reuniones de consorcio. Es demasiado nervioso. Los del octavo "B" me susurraron que el motivo es otro, que ni él mismo lo conoce. Son razones esotéricas, muy misteriosas. ¿Por qué otras razones iba a ser?

La cuestión es que la reunión de consorcio se interrumpe y nos volvemos todos para casa. Al entrar en el departamento miro a la Guaina con ternura, pobrecita, se está salvando de la indagación de los vecinos de piso. Trato de llamar a mi abuela por teléfono y no hay caso. Primero no consigo tono. Luego descubro que está ligado, Es gracioso: escucho la voz de Persina pasando números de la quiniela y dándole consejos y nombres de yuyos a una mujer que habla bajito, como con miedo. Corto, un poco avergonzada por estar escuchando lo que no debo. Vuelvo a levantar el tubo y parece increíble: ¡Es la voz de Francisco! ¿O me equivoco y creo oír la voz de Francisco?

Estoy tan obsesionada con su misteriosa vida que pongo más atención. Sí, es Francisco porque da la dirección de este edificio y dice "cuarto "A"" y porque la reconozco perfectamente. "Lo único que te pido es discreción -dice Francisco- En estas cosas hay que tener cuidado." El corazón me da saltos dentro del pecho. ¿A qué se estaba refiriendo? Me dispongo a seguir cuando el tono vuelve ya no puedo enterarme de nada. Me asomo al balcón y lo veo a Francisco que sale en el coche azul. Miro el reloj: las once y veinte de la noche. Las palabras que escuché no eran palabras de veterinario y el horario no es un horario muy decente que digamos. Me tranquilicé pensando que Francisco podía andar en algo turbio o misterioso que, tal vez, no estuviera vinculado con la droga. Porque pensar en la droga, era demasiado. Pero que algo raro había, había. Me tomé un té de tilo y me fui a dormir. ¿Estaría bien de salud el señor que se descompuso en la reunión de consorcio?

ESPIANDO POR TELÉFONO

Estoy escribiendo, de lo más tranquila, cuando escucho ese ruidito sospechoso. ¡La muy tramposa de la Guaina, otra vez! Pego un grito, A la Guaina no le alcanzan las cuatro patitas que tiene para correr. Le tengo dicho, recontradicho y explicado que no se lime las uñas en cualquier parte. Bueno, en cualquier parte es un decir, se las lima en lugares preferenciales: el sofá rosa, la paja de una silla, la mesa de pino y el taburete forrado encuero. A veces, la muy astuta espero que yo salga para ir a limarse las uñas a escondidas. Dale que dale sin el menor disimulo. ¿Hacerle operar las uñas de raíz como me recomendó mi abuela? ¡Eso nunca! ¿Qué se supone que soy? ¿Una asesina de uñas? La Guaina está hecho un bollo bajo la silla hamaca. Mejor así, que se sienta bien culpable, aunque dudo de que los gatos conozcan el remordimiento.

Sigo escribiendo la nota para la revista. Mientras escribo recuerdo la última carta de mi novio anónimo, por momento me pongo contenta y por momentos me sube una rabia que no sé qué hacer. ¿Por qué diablos no me pone al menos una dirección? Quien escribió esas cartas se nota que es una persona que sabe de mi vida, pero no me permite que sepa nada concreto sobre la suya. Esa desventaja me asusta y me inquieta y hasta me parece una deslealtad. Tengo la fea impresión de que alguien me está espiando. Quién será. Bueno... en realidad yo estoy espiando a Francisco ¿o no?, yo diría que las circunstancias me hacen ver cosas que al principio no quise ver y que ahora han empezado a atraerme. Menos mal que no me enamoré de él. Estar enamorada de un narcotraficante sería una verdadera desgracia. En fin, convengamos en que si no es un narcotraficante, en algo raro debe andar son muchas las coincidencias. Suena el teléfono: mi abuela.

-¿Se puede saber qué te pasa que nunca estás en tu casa?

-Sí que estoy en casa, lo que sucede es que el teléfono anda mal.

-¡Con razón!- dice mi abuela pegando un grito de triunfo o descubrimiento- ayer escuché una conver...

-¿Qué escuchaste?

-Mirá, alguien le decía a otra persona que...- empezó a contarme mi abuela.

-¿Era hombre o mujer?

-...y...uno era hombre y la otra, mujer...

-¿Escuchaste algún nombre?

-Nena, vos andás en cosas raras.

-No, yo no. Pero mis vecinos...

-¿Y si nos están escuchando en este momento?

Del susto que me dio lo que mi abuela dijo, corté de golpe. Por mi reacción me di cuenta enseguida de que yo no estaba preparada para enfrentarme con la mafia ni con los narcotraficantes. Unos minutos después llamá a mi abuela y le hablé a bueyes perdidos, para disimular. Ella, que es requeteviva, se di cuenta y me llevó el apunte con una vocecita con falsetes. Mi abuela sí que está preparada para cualquier cosa, hasta para ser espía internacional. Bueno, yo no seré muy audaz que digamos, pero seguramente tendré otras virtudes. ¿Cuáles? No sé, otras, no me pregunten así, de golpe. Virtudes, virtudes, virtudes...

ESTOY LLENA DE VIRTUDES

Desde que me levanté estoy empeñada en hacer una lista de mis defectos y virtudes. ¿Pueden creer que no me sale? Dicen que cada persona es tres personas a la vez: la que creemos ser, la que los demás creen que somos y la que somos en realidad. Traté de recordar qué dicen mis amigos de mí y no me acordé demasiado, pero el problema era que no tenía la más pálida idea de cómo creo ser. ¡Flor de dificultad! Al final la lista quedó así:

VIRTUDES	DEFECTOS
Amable	
Simpática	
Atenta	
Sé escuchar a los demás	
Me importan los problemas de los otros	
Trabajadora	
Sensible	
Optimista	ninguno

Cuando miré por segunda vez la lista me dije que yo era una reverenda mentirosa y empecé a pensar en mis defectos. ¿Cómo era posible que no tuviera ningún defecto? Ni uno solito. Llamé a mi abuela por teléfono y la muy astuta me dijo:

-¿Estás segura de que querés que te lo diga?

-Sí- contesté en un gesto de inigualable valentía.

-Sos impaciente.

-Ah, sí, me había olvidado. ¿Y? decíme otro.

-No te gusta ver las cosas de frente.

-Cómo, ¿qué es lo que querés decir?

-Que muchas veces te ocultás a vos misma una verdad para no sufrir. Y así inventás cosas que no existen.

-¿Entonces le tengo miedo al sufrimiento?

-No, yo diría que te cuesta aceptar las cosas como son.

Era dura mi abuela. No me gustó nada lo que había escuchado.

-A ver, abuela, justificame lo que dijiste.

-Desde chiquita vos negabas lo que te molestaba o te hería.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo la muerte de tu madre. Por eso tu adolescencia fue tan difícil. Eso me lo explicaron los psicólogos.

Escuchar eso fue como recibir un lanzazo en el pecho.

Cuando colgué me quedé meditando y se me mezclaba todo en la cabeza. ¿Y si yo negaba que Francisco era un narcotraficante y no lo denunciaba? ¿No sería cómplice de él? ¿Y si en realidad estaba enamorada de Francisco? ¿De Francisco o del novio anónimo? Por esos pensamientos andaba en el instante en que se deslizó un papel por debajo de la puerta. Era un sobre con muchas estampillas. Mi novio anónimo me había escrito otra carta.

ELLA, ARRINCONADA, ME MIRA

Hay sol. Sí, hay mucho sol. Pero hace bastante frío, Mi abuela llama por teléfono y me informa que, según lo indica su juanete, habrá humedad ambiental. Lo mismo ha sido confirmado por los huesos de sus caderas. “Es triste llegar a vieja...”, se lamenta mi abuela. Se me ocurre pensar que para convertirse en informativo meteorológico absolutamente gratuito basta con un juanete. “Habrá cincuenta por ciento de humedad”, dice mi abuela que dicen por la radio. “No es cierto, menos de ochenta, imposible”. continúa diciendo mi pobre abuela del otro lado del teléfono.

Cada vez que hablo por teléfono, la Guainita viene hacia mí. Tengo la impresión de que se pone celosa o a lo mejor la atrae el timbre que ha sonado antes de oír mi voz. Ahora mi abuela me cuenta en qué anda la telenovela: hoy, igual que siempre, ha pasado de todo y no ha pasado nada. Como me he decidido a hacer una limpieza profunda de la casa, espero que mi abuela cuelgue el teléfono. Cuando ella corta, arremeto con baldes y trapos de piso contra el baño, la cocina, el balcón y los rincones más recónditos de este lugar que parece no tener nada recóndito. No bien ve el balde, la Guaina empieza a correr. ¡Que ni una gota de agua la salpique! Con cepillo, saco los pelos de la Guaina, del sillón, de las camas, de los almohadones. He puesto lavandina en todas las rejillas, hasta limpié algunos estantes de los aparadores de la cocina. Vuelve a sonar el teléfono: otra vez mi abuela. “¿Te enteraste de que murió la vecina de al lado?”, me dice. Y lo dice con tanto regocijo que hasta me parece que mi abuela cree en la reencarnación. Pero no cree en la reencarnación. Sucede que en ciertos días las noticias fuertes la fortifican. Por suerte esto le pasa my de cuando en cuando, justamente en los días en que se acuerda del abuelo. Me da pena mi abuela. A veces se me ocurre que para ella las malas noticias son algo así como antídotos contra su recuerdo del abuelo.

Ahora sí, llegó el momento fatal. La Guaina lo sabe mejor que nadie. La limpieza de la cas es un prolegómeno de "su" limpieza. Pobrecita. Es mi deber, qué le vamos a hacer. Trato de disimular, evito mirarla a los ojos para que ella no se entere. Pero ella lo sospecha enseguida y no hay caso: empieza a correr como loca no bien escucha el ruido del agua que cae. Sigo haciendo cosas, ordeno papeles para despistar y ella me espía con cara de recelo. No encuentro en su mirada ni una pizca de confianza. La meto en el baño y cierro la puerta de un saque. Es horrible. Me siento una asesina. ¿Cuánto puede tarde estar tortura mutua? Sonamos: la Guaina ya se dio cuenta- Me ve caminar y no me sigue, está arrinconada entre el rollo de papel higiénico y un ángulo de la pared. La miro con mi mejor cara de disculpas. Sé que no me va a perdonar. Desde esta mañana el viento zamarrea las plantas del balcón y pienso que tal vez me haya equivocado, que ella necesitaba un día sin viento. Pero ya pasaron tres meses desde su último baño. "Bueno, esta clase de piedad no le sirve a nadie", me repito, sintiéndome en el fondo absolutamente culpa. La pobre gata va a tiritar de lo lindo. En fin. La miro ahora sin demasiada conmiseración, para darme ánimos. Ella, arrinconada, me mira también, paradita, dura, seria y leo en sus ojos: que ni se te ocurra. Ya lo sabe. Esta desdichada gata se ha enterado de que el baño es su próximo destino fatal. Soy una vil traidora, ¿qué excusa tengo? Ninguna.

-Caramba, Guaina, yo me baño todos los días y no me quejo.

-No seas hipócrita- me dice con la mirada-

Y tiene razón. Como siempre, la Guaina tiene razón.

VISITA A MI AMIGA INÉS

El asunto de las cartas anónimas me tenía a mal traer. Las miré de adelante y de atrás, las di vuelta, estudié la letra. Y no encontré el menor indicio. De pronto me acordé de Inés. ¡Claro! ¡Inés! Estudió grafología, ella seguro podía darme alguna pista. La llamé por teléfono. Hablamos rápido mientras un ruido de fondo nos dificultaba la conversación. Era una radio mezclada con gritos fortísimos de chicos.

-Inés, ¿seguís con la grafología?

-Qué voy a seguir, ahora me dedico a los pañales, la casa y la mar en coche. ¡Salí de ahí!

-¿Qué pasó, Inés?

-No, nada, es el perro, que molesta a los chicos.

-Necesito que analices la letra de una carta.

-¡No! ¡Bájense de ahí que los voy a correr con la escoba!

-Inés, Inés... ¿me escuchaste?

-Sí, sí, venite cuando quieras. ¡Chicos!

Por lo visto la vida de Inés había convertido en una batalla campal. Sin perder tiempo agarré las tres cartas y salí para su casa.

Qué desastre, el living de la casa de mi amiga parecía en serio el escenario de una batalla campal. Inés me había abierto la puerta, pero en vez de saludarme empezó a correr a los chicos con un pañal mojado en una mano y una pelota de plástico medio desinflada en la otra.

-Acá me ves- Inés suspiró hondo-. Todo iba más o menos bien hasta que llegaron los mellizos. No sabés lo que es criar a dos chicos juntos y encima, varones.

-Claro, cuatro chicos es mucho...

-Y dos con pañales. Si por lo menos fueran tranquilos, pero son unos diablos. ¡Chicos!

Mi amiga pegaba gritos tan fuertes que me sobresaltaban.

-Inés, necesito que me ayudes.

-Yo también- y me dio la pelota desinflada- Inflála, por favor.

Inés fue hasta la cocina y yo me quedé inflando la pelota. Después, desde la cocina, gritó.

-Ya te hago un café.

-No tomo café. Ay, Inés, si supieras, tengo un problema muy grande.

-¡No me digas que estás embarazada!

-No, imposible.

(¿Por qué iba a estar embarazada?)

Inés venía trayendo una taza que se tambaleaba en el aire, en ese momento uno de sus hijos que corría a su hermanito la empujó y la taza terminó en el suelo. Lo más gracioso fue que ella no se enojó, levantó la taza del suelo y dijo:

-Esto es lo menos importante. A veces se rompen el alma, lo que es mucho peor.

-¿Te ayudo, Inés?

-¿Ya inflaste la pelota?

-Sí, sí. Ya está...

-¿Qué problema me dijiste que tenías?

-Me parece que descubrí a un narcotraficante.

-Qué horror, hay de todo en este mundo... ¿un qué dijiste?

-Un narcotraficante.

-¿Pero vos estás segura?

-Creo que sí...

Inés me sacó la carta que tenía en la mano. La miró con avidez.

-Bueno... yo no diría que ésta es letra de narcotraficante, es por lo menos de algo parecido a...

-No, esto no es del narcotraficante.

-¡Mmmmmm!

Inés tenía los ojos agrandados y miraba las letras atentamente.

-Inés... no me digas...

-¿Quién es este tipo? Porque esta es letra de varón.

(Empezamos bien, por lo menos hombre es.)

-Decime la verdad. Estoy preparada para lo que sea.

-Mmmmmm...

-Tené en cuenta que estas son cartas de amor.

-Ah, cartas de amor de un narcotraficante.

-No, Inés, este es el narcotraficante. Este no é quién es. Eso es lo que vengo a averiguar.

-No entiendo un comino. Uy, qué silencio. Mirá, cuando mis hijos hacen silencio es porque están mandándose alguna macana.

-¡Chicos!

Mi amiga se fue casi en puntas de pie pero apurada. Al rato escuché sus gritos desde otra habitación.

Cuando Inés volvió me comentó, casi risueña:

-¿No te dije? Estaban haciendo un desastre.

-Decíme, qué pensás de esta letra- le pregunté señalándole la carta.

Le conté brevemente cómo había recibido las cartas.

Ella me explicó que era una letra extraña. Por un lado indicaba un carácter transgresor, de una persona capaz de romper las reglas establecidas en la sociedad y, por

otra parte, se trataba de alguien que está sufriendo. Podría ser la letra de un estafador, hasta la de un gran luchador por la libertad.

-¿Pero vos estás segura de que las escribió un hombre?- insistí.

-¿Qué querés que te diga? Salvo que sea una mujer con carácter masculino o algo así.

-Bueno... pongamos por caso que sea un hombre. ¿No me estará tomando el pelo?

-Difícil.

-¿Vos cómo sabés que no me toma el pelo?

-En estos trazos se nota que esa persona está angustiada. Paree que es una persona que está viviendo algo que no quiere vivir y que no puede evitar.

-Che, ¿no será casado?

-¿Casado? No sé.

-Vos decís que sufre...

-Sí, y mucho.

-Pobrecito.

(Cuando me escuché decir "pobrecito" pensé: estoy frita, me enamoré de un anónimo.)

Charlando, charlando a Inés y a mí se nos pasó la tarde.

En el momento en que nos despedimos, Inés me dijo:

-¿Querés que te diga una cosa, María? Aunque yo protesté y me queje, me gusta criar a mis chicos y lo quiero mucho a mi marido. Tenélo por seguro. Ahora mucho tiempo para terminar la facultad no tengo, pero ya lo tendré. Siempre leo tus notas en la revista. Son buenísimas.

-¿En serio te parecen buenísimas?

-Sí, me encantan porque mezclás realidad con ficción, hechos de tu vida con lo que sucede en el mundo.

-Estoy escribiendo una novela, no sé cuándo la voy a terminar. En fin, bueno, me voy, y mil gracias por todo.

-Ojo, ojito con el novio anónimo.

-¿Qué ojo puedo tener?, si no lo conozco y eso es lo que más bronca me da, que él sepa sobre mí y yo no sepa nada de él.

-Te va a seguir escribiendo.

-¿Vos cómo lo sabés?

-Se nota por la letra.

-Que te vaya bien, María y a ver cuándo me venís a visitar vos a mi nuevo departamento.

-Cuando crezcan los monstruos.

-Hasta el año 2010, entonces.

-¿Cómo? ¿No pensás venir a visitarme vos antes?

-Sí, seguro. Te estaba haciendo un chiste.

Parada en la puerta de su casa, Inés con sus cuatro chicos fue una imagen que me gustó mucho. Yo no tengo hijos, claro está, tampoco tengo marido, las tengo a la Guaina y a mi abuela. Me quedé pensando que yo cuando escribo también soy feliz. Pero... ¿y el novio anónimo? ¿Podría ser Francisco? No, Francisco era mucho peor que un anónimo. Traté de no pensar. ¿O es que sí debía pensar? Me encontraba frente a un caso de responsabilidad por mis sospechas con respecto a él. No tenía la menor idea de lo que debía hacer. Qué flor de lío.

ALBERTO, DÓNDE TE HABÍAS METIDO

Fue un domingo a la mañana. Abrí la puerta bostezando y no pude creer lo que estaba viendo.

-¡Alberto! ¿Dónde te habías metido?

-Di una vuelta por Bolivia.

(Algo absolutamente lógico; ¿por dónde va a andar un boliviano más que en Bolivia?)

Lo miré de arriba abajo, estaba tan elegante. Le ofrecí té y galletitas. No quiso nada. Qué muchacho tan económico. Nos sentamos a charlar.

Con Alberto siempre habíamos sido muy pero muy compinches, sobre todo en la época en que nos conocimos en aquel grupo de autoayuda. ¿No les conté que fui a montones de grupos de autoayuda? Sí, a montones. Así como tuve muchos novios y gatos, fui a muchos grupos de autoayuda; para dejar de fumar, para no deprimirse, para no engordar, para superar la fobia a los insectos, y éste, donde conocí a Alberto fue se llamaba grupo "Para vivir en armonía". No sé si Alberto y yo logramos mucha armonía que digamos en nuestra vida particular, el caso es que ahora estábamos los dos en el living de mi casa muriéndonos de risa. Yo, en camisón, la Guaina, restregando su hocico en su pantalón de hilo. Nos reíamos del apodo que yo le había puesto a Alberto: Mi novio de los domingos, porque siempre se aparecía los domingos y se sentaba muy serio en el mismo sillón del living en el que estaba sentado en ese preciso momento. No tenía dudas de que de verdad habíamos cambiado mucho: Por fin éramos más armoniosos. Él era muy tímido y yo muy ansiosa, él se volvió menos tímido porque fue a otro grupo de autoayuda para superar su dificultad. Yo seguía siendo ansiosa y, como decía mi abuela, impaciente. Por eso no perdí un segundo y le conté a Alberto lo del

narcotraficante. Mi amigo se empezó a reír a carcajadas y me dijo que yo era la persona más fantasiosa e imaginativa que él había conocido en toda su vida.

-Te lo juro, Alberto.

-¿Me jurás qué?

-Que esta vez no me equivoco.

-¡Pruebas! Quiero pruebas.

-Escuché conversaciones.

-¿Conversaciones? ¿Las grabaste?

-No seas cretino, por favor. Yo no soy como esa gente que vive inventando cosas...

-Si te la pasan imaginando historias... que después escribís y hacés publicar...

-Ahora hago periodismo en una revista.

-Periodismo ¿vos justamente? No te veo muy objetiva que digamos, perdón... fuera de broma, qué bueno que trabajes en una revista.

-Es en serio. Y pienso hacerte un reportaje a vos.

-¿A mí?

-Sí, como mi ex novio de los domingos.

-¡Puaj!

-Bueno, entonces como ex trabajador en las minas de cobre.

-Eso, mejor olvidarlo- dijo Alberto de manera tajante.

-Como...-y no quise seguir hablando porque lo que iba a decir no era muy gracioso y tenía que ver con una etapa muy triste, tremenda, de su vida.

-Mejor... dejémoslo ahí.

-Ya sé, te voy a hacer un reportaje como técnico en computación.

-Ahí está. Justo venía para eso. Quiero ofrecerte una computadora.

-¿A mí? ¿Una computadora?

-Ay, Alberto de mi alma, yo pertenezco al grupo de personas que están en contra de los aparatos modernos. Soy prácticamente una mujer arcaica.

Él se quedó mirándome con suspicacia. Después seguimos charlando. Cuando él se fue yo traté de averiguar por qué me resisto tanto a tener aparatos electrónicos. No tengo lavarropas ni licuadora, me niego a comprar un televisor., hasta miro con desprecio las afeitadoras eléctricas. ¿Qué me hizo la ciencia, eh? Creo que siempre fui una de esas personas que todo lo quieren controlar, me atemoriza lo que no entiendo. Justo, en ese momento, sonó el teléfono. No era mi abuela, era Inés que me felicitaba por la última nota de la revista. Después sí llamó mi abuela.

-Abuela, ¿a vos te parece que uno de mis mayores defectos es que quiero manejarlo todo?

-¿Por qué me preguntás eso?

-Porque estuve hablando con Alberto...

-¡Alberto!, ese muchacho maravilloso que me encanta, con uno así, con él tendrías que casarte y no con esos tarambanas que no terminan de rendir materias.

Y que patatín y que patatán y qué sé yo cuánto. Sin duda mi abuela quería tener a Alberto como yerno nieto. Pero el amor es ciego, dicen, qué le vamos a hacer, por más que me esmeraba no me enamoraba de Alberto. Además, pensaba pedirle colaboración para que me ayudara a descubrir quién era mi novio anónimo. ¡Fascinante! Perfecta combinación para un titular de prensa amarilla:

"Ex novio de los domingos descubre actual novio anónimo"

¡Já! Cuánto lío. Si al menos tuviera un novio de verdad. Qué macana, así es la vida, como dice mi abuela, linda y jodida.

UN DÍA DE TRABAJO

Entré en la habitación del escritorio y vi a mi Underwood. Alberto está loco. Jamás podré dejar de escribir en una máquina. ¡Es un baluarte! Estaba preparando la nota para la revista con muy poco tiempo y, de pronto, me di cuenta de que omití algunas frases muy importantes que el entrevistado me había pedido que no olvidara citar. Qué macana, para insertarlas debía pasar todo en limpio otra vez. Y ya casi no tenía tiempo. Protesté mucho, en eso sonó el teléfono: una amiga que también es escritora. Le conté y me dijo:

-Claro, vos todavía no tenés computadora...

-¿Vos tenés?

-Y, por supuesto, ¡todo el mundo tiene!

-Lo de "todo el mundo" supongo será una manera de decir...

-No, en serio, todo el mundo.

-Te dejo, porque no llego para el cierre de la revista.

Eché una mirada a la portada del diario y descubrí un gran aviso de computadoras: Me están persiguiendo, pensé. A duras penas llegué a entregar la nota después de haber pegoteado páginas y páginas. Y juro que la chica de recepción me miró con lástima cuando puso mis originales sobre una pila de papeles escritos con computadora.

Fui a visitar a mi abuela, Juana acababa de irse, le había ganado muchos partidos a la escoba de quince. Apenas ella encendió el televisor apareció un mono manejando una computadora. Ya era demasiado.

Aquella noche en mi casa no quise escribir, me dispuse a leer. Sí, leer era lo mejor. En una de las frases que me golpearon como un taladro, leí. "Con ese criterio,

resistiéndonos tanto a los grandes inventos, seguiríamos rescribiendo con una pluma de ganso.”

Claro, pensé, por qué no con una pluma de ganso. Se me ocurrió que cuando apareció la máquina de escribir mecánica a muchos escritores les debe haber sucedido lo mismo que a mí con la computadora. De repente tuve una crisis tecnológica.

ALBERTO Y SUS TRAMITACIONES

Llamé a Alberto y le dije que iba a comprar la computadora.

-Te felicito- me dijo- vas a entrar en el primer mundo.

A partir de aquel día no pude escribir más en la Underwood y trataba de imaginarme cómo sería escribir en una computadora. Algo muy inusual en mí, ya que siempre he sido tan reacia a los aparatos tecnológicos.

Alberto me había hablado maravillas de la computadora, que era otro mundo, que no se podía estar al margen de él y que me resultaría fascinante. Antes de comprar lo que Alberto me ofrecía quise averiguar por mi cuenta, no tanto por ahorrar dinero sino por mi espíritu periodístico. Empecé a consultar precios de verdad es que entraba en los negocios con cara de troglodita; me hablaban en un lenguaje que yo no entendía. Me consolaba pensando que en realidad cada gremio tiene sus códigos: los médicos, los abogados y hasta los pedicuros. Pero con los negocios de computadoras me hablaban de números y letras raras que me sonaban a chino básico. Lo más gracioso es que lo decían con un tono tan seguro que yo parecía una marciana. ¿Qué diferencia había entre un CPU my un teclado horizontal? ¿Cuántas cantidades de esto o de aquello prefiero? ¿Era mejor la pantalla así o asá?

Cuando le comenté a Alberto lo perdida que me encontraba, me dijo:

-Ni una palabra más, yo te ayudo.

Y me ayudó en serio.

Empezó a explicarme cada cosa con una paciencia memorable. Después, regateando precio aquí y allá con una valentía comercial que me impactó, iba encontrando ofertas. Sonaba el teléfono y Alberto me decía: Te conseguí tal cosa a tanto. ¿Qué tal? ¿Eh?

-¿Eso es muy importante?- le preguntaba yo.

-Y claro, sin eso no podrías escribir.

-Ah, entonces debe ser importante nomás.

Lo divertido era que cada vez que me llamaba por teléfono. Alberto tenía un tono de voz enigmático que sugería misterios o espionajes o quién sabe qué intrincados enigmas.

-María- me dijo al otro día por teléfono-, te conseguí el último programa de procesadoras de palabras. ¿Qué me contás?

-Debe ser buenísimo- le contestaba yo.

A esta altura de los acontecimientos yo no tenía la más pálida idea de si eso que me acababa de contar era bueno o malo, barato o caro o si era tan imprescindible como él decía. Pero la verdad es que le creí. ¿Por qué no iba a creerle? Claro, yo nunca les creí demasiado a los hombres. Siempre me busqué tarambanas, como decía mi abuela.

En esos días en los que Alberto estaba tramitando la compra de la computadora, conocí a un hombre. Éste era médico ya recibido y con medalla de oro, el único inconveniente era que se había recibido veinticinco años atrás. De modo que tenía todo el encanto de un hombre maduro. Se llamaba Julián. Cuando se lo conté a mi abuela, me dijo:

-¿Y el novio anónimo?

-Escribe y sigue siendo anónimo.

-¿Pero sos capaz de traicionarlo?

-¿Traicionar, yo? Sólo él me escribe y a mí no me da la menor oportunidad de contestarle siquiera una miserable carta.

Alberto se reía de mi nuevo amor., me decía que podía ser mi papá. Yo no creo que fuera para tanto. Lo bueno es que un día Alberto dejó una seña en el negocio de venta de computadoras y yo me puse muy nerviosa. Le dije a Julián que no me llamara por tres días y lo aceptó tan tranquilamente que me puse celosa. ¿No estaba dispuesto a

luchar por verme otra vez? ¿Luchar contra qué? ¡Contra una computadora! Mi abuela, sin haberle visto la cara, opinaba que era un hombre hecho y derecho. Alberto decía: Es un hombre hecho y derecho.

La cuestión es que durante tres días no supe nada de Julián y decidí una cuestión muy importante: qué nombre ponerle a la computadora. Elegir un buen nombre es importantísimo. Sin nombre no existía o pertenecía al mundo de los objetos absolutamente inanimados y eso no me gustaba. Llamar Underwood a una máquina de escribir no había sido mala idea. Si bien era la marca de la máquina, era ya un nombre añejo que implicaba amor. ¿Pero se podía llamar a una máquina de escribir *Samaton* o *Samton*? No, qué horrible. Me acordé de algo muy significativo. Una de las mujeres que yo quise mucho apenas asomé la nariz al mundo adulto fue Isadora Duncan. Listo: la computadora se iba a llamar Isadora, la creadora de la danza libre, porque bastante libertad encerraba la posibilidad de escribir en un aparato tan sofisticado.

-Isadora- le dije a Alberto-. Se va a llamar Isadora. ¿No es magnífico?

Entonces imaginé que mis dedos iban a volar por el teclado y mis palabras también.

SALIDA NOCTURNA

Mi galán me invitó a salir. ¡Y qué noche! ¿Se me declarará? Aunque no estábamos en primavera la idea me pareció muy romántica.

Me vino a buscar en coche, un coche nuevo y grandote, digno de un hombre que está cerca de los cincuenta años. ¿Ustedes piensan que son muchos años? Yo diría que no se le notaban tanto.

Apenas me vio me aclaró que él esa noche tenía que cubrir una guardia. (¿Cómo?, ¿qué es esto?), pero agregó que no me preocupara porque igual íbamos a salir. (Claro, estábamos saliendo ¿no?) Enseguida me mostró un aparatito precioso, cuadrado, chiquito y negro.

-Soy uno de los neonatólogos más actualizados del país.

(Pavada de galán maduro te echaste al diario, diría mi abuela.)

Fuimos por Avenida del Libertador. Silencio absoluto. Parecía que me habían puesto un broche en la boca. No se me ocurría nada. Jamás había salido con neonatólogo. (Cómo le gustan las palabras difíciles a los médicos.)

-Voy a llevarte a tomar un copetín y después, a cenar.

(Pensé varias cosas: Primero que la palabra "copetín" me sonaba antigua. Después pensé que me sentía muy inhibida, como con vergüenza.)

-¿Qué lugar elegís?- me preguntó.

-No sé, no conozco mucho por acá.

(Cualquiera diría que soy una *payuca* venida del campo hace un ratito nomás.)

(A que durante la cena, se me declara...)

Yo iba a decir una frase inteligente cuando sonó el aparatito.

-Sí, aquí el doctor Ocampo Barrios. Ah... sí. Exacto. Sí. No. Sí. No, suminístrenle dosis de *Panthenon.*

No me acuerdo si dijo *Phantenon* o *Pentonal* o *Pastenal*. O ninguna de las tres cosas.

-Siempre lo mismo- dijo el doctor mirándome de manera cómplice- las parturientas son demasiado histéricas, se ponen nerviosas de puro vicio.

-Pero, Julián, dicen que parir es doloroso....

-Puro escándalo.

(Se nota que a él nunca le tocó. Así, cualquiera opina.)

-Bueno, listo, llegamos- anunció el doctor. Frenó, dejó el volante. Dio la vuelta rápido como en los dibujitos animados y se apuró para abrirme la puerta del coche.

El lugar era de película. Un mozo alto se paseaba con una ropa horrible. ¿Por qué habían obligado a ese hombre a vestirse como un mamarracho?

(A que se me declara en este lugar...)

Cuando nos sentamos me hizo una sonrisa. De repente un hombre con un violín se paró a mi lado y empezó a tocar un vals bastante enfurecidamente.

(Sí, se me declara acá...)

Entonces él se puso a hablar. Creo que habló de la administración de los hospitales y del desastroso estado de las veredas porteñas. Lástima, no pude escucharlo bien por la música del violín. El violinista insistía sobre su hombro derecho. De repente sonó el aparatito por segunda vez. Ahora el violinista se había ido a hostigar a una parejita muy joven que estaba en la mesa de al lado.

-Sí, aquí el doctor Ocampo Barrios. Suminístrenle fuertes dosis de calmante. Cualquier calmante, a ver si se calma de una buena vez.

-Cuánto trabajo tenés, Julián.

-La histeria femenina no tiene límites.

-Yo creo que es demasiado duro por...

Aunque parezca mentira el aparatito sonó por tercera vez. En un santiamén me vi subida en el coche y, sin que pudiera darme cuenta cómo, entré con mi galán maduro en un lujoso sanatorio céntrico.

Él estuvo encerrado cuatro horas ayudando a parir a una mujer. Yo me quedé hablando con el futuro padre de la criatura en una sala con forma octogonal Era un hombre muy amable que se sentía culpable por no haber podido participar del parto. Lamentablemente el doctor Ocampo Barrios era contrario a ese criterio.

Alrededor de las dos de la mañana salió mi galán maduro todo vestido de blanco con la cara de cansancio más cansada que ustedes se puedan imaginar.

Me pidió disculpas y bostezó varias veces. Entonces me encontré de pronto abriendo la puerta de mi departamento, feliz de estar de nuevo sola en casa. Bueno, sola no, con la Guaina.

-Buenas noches, Guainita.

La Guaina levantó su cabeza como diciendo: ¿Estas son horas de llegar? Me saludó con cierto desdén. ¿Estaría celosa?

-Querida de mi alma- le dije, menos mal que no pariste. ¿Mirá si te tocaba un neonatólogo actualizado como uno que yo conozco?

ALBERTO, YO Y ALGUIEN MÁS

Alberto me acompañó al negocio donde iban a entregarme la computadora. Cuando la vi por primera vez estaba metida dentro de una caja. Salimos arrastrando las cajas y llamamos un taxi.

-¿Vamos a entrar los tres?- pregunté.

Sí, dije "los tres". Por lo visto no nos habíamos casado y ya teníamos una hija: Isadora. ¡Otra vez un hijo natural!

El taxista estornudaba sin parar.

Mientras el taxista seguía estornudando a mí se me salía el corazón del cuerpo. Adiviné que mi vida iba a cambiar mucho con Isadora, casi tanto como con la llegada de la Guaina.

Después que el taxista estornudó cuanto pudo, bajamos a Isadora con una suavidad principesca.

Elegí mi habitación y no el escritorio, y ahí Alberto la empezó a armar. Todo parecía estar bien hasta que descubrimos que faltaba un cable. Alberto protestó de lo lindo.

Durante un rato bastante largo, Alberto y yo nos quedamos mirando a Isadora como si hubiera sido la lámpara de Aladino.

Finalmente Alberto me entregó un manual, me recomendó que lo estudiara y que esperara a que el fuera a buscar el cable, cosa que sólo sería posible el lunes siguiente.

De modo que la tuve a la Isadora arriba de una mesa, totalmente desconectada un larguísimo fin de semana. Reposo absoluto. Cerré la puerta del dormitorio y me atreví a

mirar a la pobre Underwood. La llegada de Isadora fue ni más ni menos que una traición.

ADIÓS, ADIÓS, QUERIDA UNDERWOOD

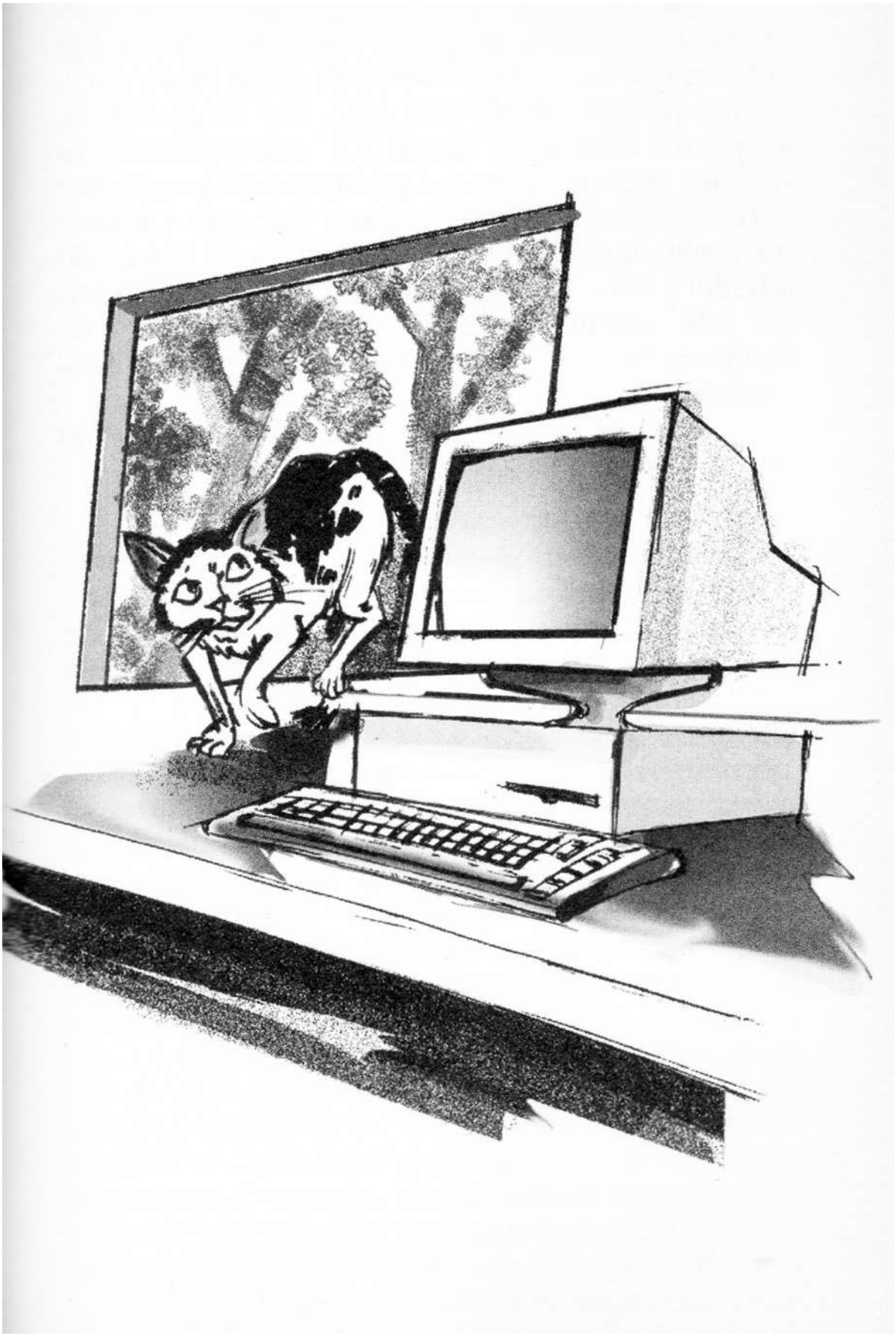
El manual de la computadora me pareció un jeroglífico incomprensible. Lo cerré no bien lo abrí. El lunes apareció Alberto con el dichoso cable. No está de más que les diga que ante mis ojos aquel cable se me presentaba como la llave de la felicidad. Sí, el cable era muy importante, porque enseguida se encendió una luz. ¡Una luz! Alberto estuvo un tiempo larguísimo enchufando y desenchufando, presionando teclas y mirando la pantalla hasta que dijo: Ya está. Fue como si hubiese dicho: "Dios acaba de crear otro universo". Pero ¿qué era lo que ya estaba?

-Ya podés escribir.

¿Ya podía? ¿Era verdad? ¡Santo Cielo!

Me explicó no sé que y no sé cuánto. Yo no entendí nada. Pero por las dudas anoté todo. Ya entendería. Alberto me dijo que estudiara eso y se fue.

Y ahí me dejó, cual madre abandonada. ¡Desalmado! Así es que allí estaba yo frente a la pantalla negra con su luz encendida. Me acordé del pizarrón en la escuela primaria y del televisor en el que en vez de palabras aparecen imágenes. También me acordé de aquel vestido negro que yo me ponía para bailar al compás de algún disco de música clásica, cuando en lo más profundo de mi corazón me sentía la auténtica Isadora Duncan. Mi abuela carcajeaba de lo lindo mientras yo le insistía que era Isadora Duncan Al final quedaba extenuada, pero me sentía profundamente artística. Claro que mis recuerdos no servían para nada, Me dio miedo el teclado: era hipersensible. Sin embargo empecé a escribir. No sé cómo, pero empecé. La línea que titilaba era igual a una estrella, ahora sé que se llama curso. Al borrar las letras daban la sensación de ir cayéndose o de que eran tragadas por un precipicio oscuro.



Fue pasando un día y otro hasta que comencé a descubrir el encanto de estar frente a un...¿aparato?, mejor dicho, frente a un colaborador, a una colaboradora, que tiene voluntad propia y que me impone una serie de reglas que debo respetar.

Escribir con Isadora es casi lo mismo que viajar en el espacio. El teclado era muy parecido a una nave espacial. Cuando escribo, las letras se mueven, bailan, están vivas. Si corrijo sobre lo escrito las otras mueren de repente, se desplazan, se acuestan, son vencida por las nuevas. Pero ¡cuidado!, cada toque es una señal. Isadora no olvida nada, registra hasta el menor roce.

Ahora escribir se ha convertido en un acto de profunda delicadeza. Las palabras en la pantalla son pequeños fantasmas que aparecen en la penumbra. Son frágiles pero imborrables. Son blancas. Sí, las palabras son blancas y escribir se parece bastante a tocar el piano. Ya no es necesario que haga fuerza como debía hacer con mi querida y arruinada Underwood. Aflojo entonces mis hombros. Dejo que suba desde mis pies la música de las palabras, sin preocuparme de ninguna otra cosa. La línea blanca que titila me va guiando. Es una estrella, un ovni, una luz en el camino de las palabras.

Además está aquí, sobre el costado izquierdo, la impresora. Tiene un montón de botoncitos y hace un ruido de locomotora.

Lo bueno de Isadora es que nunca me desatiende, me hace una pregunta y no deja de formularla hasta que no se la contesto. Y, por si fuera poco, no me permite hacer otra cosa. Eso es paciencia, lo que me falta a mí. Ya que hablo de paciencia, les diré que creo que acepté al galán maduro porque me pareció paciente. Aunque ahora más que paciente me resulta indiferente (¡Qué buena rima!) Volviendo a Isadora, debo decir que también tiene buen humor, me avisa cuando me equivoco o existe peligro de equivocación. ¿No es maravillosa? Igual que un hada madrina.

Dejo de escribir estas cosas porque sospecho que la Guaina se va a poner celosa.

¡ISADORA ESTÁ VIVA!

Cuando apago la computadora y me voy a dormir queda un punto muy pequeño en el centro de la pantalla. Es como un ojo de la Guaina a plena luz del día. Al encenderla hay que esperar. Empiezan a aparecer las palabras y los signos igual que en un cine. Me encanta, Isadora y sus letras cinematográficas. Mientras trabajo en ella se escucha todo el tiempo un ruido de fondo, muy similar al sonido de respiración. De pronto se encienden luces y se apagan y las flechas van en muchas direcciones. Como la luz. Y el tiempo desaparece. Isadora me atrapa. Pasan las horas sin que lo note porque estoy dale que dale. Me siento atravesando el Universo gracias al comando de mi nave espacial. Esto es impresionante, hago el trabajo en la mitad del tiempo y aun menos.

Le he comprado unas fundas y la cubro ahora cuando dejo de trabajar. Durante los primeros días las Guaina la miró desde lejos, desde muy lejos, con desconfianza. ¡Eso se llama cautela! Después se fue acercando lentamente sin entregar ni una pizca de buena fe. Sólo, luego de haber transcurrido una semana, la husmeó hasta cansarse. Ahora ya la ha integrado a su noción de casa.

Debo decirles que Isadora es elegantísima. Color gris clarito con luces verdad y rojas. La Guaina, en cambio, últimamente no está muy elegante que digamos porque desde hace unos días le pongo un remedio líquido para que se le vaya un sarpullido. Cuando termine con el tratamiento la voy a bañar. Si ella supiera lo que le espera no vendría ahora a que la acariciara. Me remuerde la conciencia por adelantado.

PASAN LOS DÍAS

Me he pasado tres días aquí encerrada tecleando a lo loca, feliz y asombrada. Con Isadora hago el doble de trabajo con menos esfuerzo en el mismo tiempo que antes. Creo que esto ya se los dije. ¡Es que estoy chocha de la vida! No como ni duermo, sólo vivo para estar aquí sentada. Isadora es magnífica. Estaba tan fascinada con este invento tecnológico que me lancé a escribir frenéticamente con las escasas nociones que tengo. No tenía tiempo para otra cosa más que para escribir. El maravilloso descubrimiento de no tener que volver a tipear una página luego de corregida me cambió la vida. Con la computadora se puede intercalar, borrar, alterar y copiar sin problemas. Aunque, quizá porque eran muy grandes mi confianza y mi arrebato, me mandé una macana y, sin querer, borré veinte páginas de golpe. Cuando me di cuenta me puse a llorar hasta convertirme en un inconfundible salchichón.

Apagué la computadora y me fui a dormir.

Al día siguiente decidí perdonarme la torpeza y me dije: No importa, las veinte páginas las reconstruyo. Calculé que tenía escritas por lo menos cincuenta páginas más. Me senté frente a Isadora con mi cara de reciente salchichón. Llamé todo el trabajo anterior y no lo pude encontrar. Creí morirme. ¡Qué es lo que había pasado! Insistí, no lo podía creer. No aparecía ningún dato más. Prácticamente había perdido cincuenta páginas. Decidí gritar: ¡Socorro! Antes, como ustedes supondrán, seguí llorando para convertirme en un doble salchichón. Lo llamé a Alberto. Bueno, mejor dicho agarré el teléfono y le dije:

-Esto es una tragedia.

-¿Pero por qué estás así? ¿Le pasó algo a la Guaina?

-¡No!

-¿A tu abuela?

-¡No!

-Entonces te robaron la computadora...

-No seas trágico, ¿querés? Vení, por favor, después te explico.

Cuando colgué pensé: Este hombre es un santo.

NUEVAMENTE CONVERTIDA EN SALCHICHÓN

Tengo la sensación de que perdí las mejores páginas que he escrito en toda mi vida. Aunque hay que decir las cosas como son: cuando pierdo algo escrito de la forma en que sea, siempre creo que era genial. Ahora bien, cuando lo encuentro, si es que lo encuentro, descubro la triste realidad, no era tan maravilloso como yo creía. Lo mismo me pasa con los amores perdidos y tantas otras cosas también perdidas.

Alberto vino corriendo. Ahora está encerrado tratando de ver qué lío hice y de rescatar la información. A lo mejor se perdió para siempre. Trataré de prepararme, por las dudas.

De pronto la Guaina se empieza a revolcar contra el piso.

-¿Qué te pasa?- le digo.

Veo que tiembla y se arrincona detrás de una puerta. Es tardísimo. Le cuento que en casos de peligro muy grande no se me da por llorar, me vuelvo tonta y tengo actitudes ilógicas. No soy de esas personas que figuran en la lista de los sobrevivientes de un accidente capaces de colaborar. No, yo hago desastres. Una vez en mi primer día de trabajo tiré un cigarrillo al canasto y empezó a salir humo. ¿Qué hice yo? Corrí de un lado a otro diciendo "¡qué calamidad!" sin atinar a buscar un balde con agua en el bañito que estaba ahí nomás.

Con la Guaina en el piso lo primero que hago es ir al cuarto piso "A". Francisco está durmiendo o algo parecido porque sale en camiseta. No sé cuál de los dos está más nervioso, si él o yo. El ascensor se atranca y debemos ir por la escalera. No quiero ni pensar en lo que pasaría si me vieran los del octavo "B" subiendo acompañada por Francisco en camiseta. Entramos en mi departamento. No bien Francisco ve a la Guaina pone una cara espantosa.

-¿Que comió de nuevo en los últimos días?- me pregunta.

-¿Comer? Nada.

-¿Le pusiste alguna loción?

-Ah, sí, para el sarpullido que tenía...

-Mostrame qué le pusiste.

Le traigo el frasco y él lee la etiqueta. Hace un gesto para nada alentador.

-¿Cuánto le pusiste?

-Y... todo lo que pude, para que le hiciera más efecto.

-Está intoxicada. Eso es una barbaridad.

Me pide que baje a su casa a buscar un maletín. Mientras tanto él se quedaría con la Guaina. Me da las llaves. Entro en su casa llorando sin parar y justo en ese instante suena el teléfono. Me quedo paralizada acordándome de repente quién es Francisco y dónde estoy yo. Empieza a funcionar el contestador automático. Alguien lo cita y le da una dirección. Es una voz suave, muy pausada. Mecánicamente agarro una lapicera que está allí y anoto. Recuerdo que he venido a buscar un maletín porque la Guaina está mal. Nunca me he sentido más atolondrada. Sé que actúo por instinto. Entonces vuelve a sonar el teléfono y...¡es la voz de Francisco! Me llama a mí y me pregunto qué hago que no subo con el maletín.

-¿Estás ahí?- grita la voz de Francisco.

Eso quisiera saber o. Supongo que estoy aquí. ¿O es que acaso estoy en la estratósfera? Pienso que quizá vaya a perder la mejor oportunidad que tengo de averiguar algo sobre Francisco. Echo una mirada rápida al departamento. Hay fotos con gente rara, de barba, delgados. No veo nada, no puedo distinguir nada con precisión, demasiados nervios. Sólo pienso en la Guaina. Es lo único que me importa. Aunque si considero que Francisco es nada menos que un narcotraficante, son muchas las vidas que yo podría salvar. Cierro la puerta. Ay, creo que me dejé las llaves adentro.

Francisco me mata. Las busco desesperadamente hasta que me percato de que las tengo en la mano. Bajo corriendo y le entrego el maletín. Él revuelve dentro del maletín y saca unas pastillas y se las hace tragar a la Guainita. Me dice que hay que esperar hasta mañana y que si se presentan problemas lo vuelva a llamar.

Al irse, Francisco me da un abrazo muy fraternal. Eso me causa gran sorpresa.

Miro a la Guaina, está tan decaída, pobrecita. Suena el timbre. Me sobresalto. Es Francisco que se ha olvidado el maletín. Alberto sale del escritorio diciendo: ¿quién te visita a la una de la mañana? Él, por lo visto, no se ha enterado de nada. Cuando lo ve a Francisco, abre la boca y enseguida, abre los brazos:

-¿Qué hacés vos acá?

-¿Y vos?- dice Francisco.

-¡Cómo!... ¿ustedes se conocían?- digo yo.

-Fuimos compañeros en el secundario.

-¡Pero cómo! ¿Vos no hiciste el secundario en Bolivia?- pregunté.

-No, lo cursé acá.

-Cuánto tiempo, che... qué linda sorpresa.

-Sí, qué bueno encontrarnos.

-Yo vine por la gata.

-Y yo, por la computadora.

(Cualquiera que los oyeras creería que yo tengo un plantel de hombres a mi servicio.)

-Sí, la Guaina está mal- murmuré y empecé a llorar otra vez.

Alberto me da un disquete. Con gesto triunfante me dice:

-Aquí está salvada la información.

(Lo que no sé si se va a salvar es la Guaina.)

-Todo pasa tan rápido -les comento- ¿Vieron? Se descompuso.

Alberto estaba azorado. Cada uno en su mundo. En realidad todo había sucedido en menos de una hora. La Guaina continuaba tirada en el piso sin moverse. Ya no íbamos a dormir. Alberto se puso a preparar unos mates para pasar la noche esperando.

Francisco se fue enseguida y yo me he quedado casi paralizada. Alberto trató de tranquilizarme. No era necesario, no estaba tan nerviosa. Más bien estaba asustada. Miraba a la Guaina y me parecía mentira. ¿Cómo había podido actuar con semejante torpeza con la loción? Alberto me dijo que eso podía pasarle a cualquiera. Lo dudo. No quise preguntarle nada sobre Francisco, no era el momento. A lo mejor para que me distrajera, él me haló de la computadora. Debería haberme sentido feliz por recuperar mis cincuenta páginas; pero ahora eso era lo que menos me importaba.

Alberto y yo charlamos hasta por los codos. Cuando amaneció, la Guaina seguía quietita, quietita.

¿Cómo sería mi vida sin la Guaina? No lo pude ni siquiera imaginar.

Había llorado tanto que ya estaba convertida en salchichón.

Con cara de salchichón fui a tocar el timbre en el departamento de Francisco. Él volvió a salir. Esta vez estaba vestido con una camisa a cuadros. Vino a ver a la Guaina. Francisco puso buena cara. Me dijo que había pasado el peligro.

-Pero si está quieta...- le dije.

-Por eso mismo.

Apenas se fue Francisco, le pregunté a Alberto qué sabía de él. Me comentó:

-No nos vemos desde la época del secundario. Pero él no parece haber cambiado mucho. Tenía el mismo aspecto de antes.

-¿Aspecto de qué?- pregunté.

-De místico- me contestó.

-¿Místico?

-En la escuela él era el único que quería ser cura.

Ante semejante noticia me quedé muda.

UNA CASA CON PUERTA Y VENTANA COLOR BORDÓ

Pasaron dos días y la Guaina mejoró bastante. Francisco llamó varias veces para preguntar por ella. Yo había guardado cuidadosamente la dirección que anote cuando salió la voz por el contestador. Una tarde decidí averiguar. Me puse nerviosa por anticipado, digamos que demasiado anticipadamente porque salí de casa con las rodillas temblequeantes. Justo me crucé con la vecina del octavo "B". Me chistó y me llevó a un rincón. Casi en un susurro me dijo:

-Ayer a la nochecita, cuando vos saliste, el del cuarto "AW vino a tocar el timbre. Es muy pícaro estaba a punto de tirar un papelito bajo tu puerta cuando yo salí. Me miró y se fue sin dejar el papelito.

-Debe ser por la gata.

-No dejes que ese individuo toque a tu gata.

-La salvó.

-¡Ojito! Haceme caso, no trates con él. Es un cachafaz.

-Pero dígame, Fedora, ¿qué sabe usted?

Ella abrió los ojos sugestivamente y se fue. No sin antes hacerme una serie de preguntas que contesté como pude. Casi todas referidas a la Guaina. Mis rodillas no habían dejado de temblar.

La dirección era un lugar bastante lejano. Me bajé del colectivo como si hubiera cometido un crimen. No sabía dónde esconderme. ¿Esconderme de quién y por qué? Yo podía pasar tranquilamente como quien camina por ese lugar, ¿no es cierto? Después de todo la calle es del público en general. ¿No soy yo acaso parte del público en general? ¿Y entonces? La cuestión es que las rodillas me seguían temblando. Claro... pero yo debía tener una coartada, por las dudas... ¿Si alguien me paraba, qué excusa

tenía? ¿Para qué estaba por esos barrios? Aunque, pensándolo bien, ¿quién iba a pararme? Caminé y caminé; la dirección correspondía a una casa común y silvestre. No podía estar mucho tiempo para allí porque no había negocios y era una cuadra sin gente y con poco tránsito. Nadie entró ni salió de la casa. Era una casa con una puerta y una verja bordó. Emprendí el regreso con la fea sensación de que alguien me estaba siguiendo. Y también con la sospecha de que ya había estado allí. Al llegar a casa me di cuenta de que era el mismo barrio del doctor Chambert.

Unos días después volví y me paré en la esquina como una estúpida. Si alguien me preguntaba qué hacía allí iba a decir que buscaba una dirección parecida y lista. Justo pasó una señora y le pregunté quién vivía en esa casa, porque yo tenía una dirección equivocada y se me ocurría que ése debía ser el lugar y que patatín y patatán. La señora me dijo que no vivía nadie. Que era un instituto de yoga y que en esas semanas estaban de vacaciones.

Me fui sin entender nada. ¿Un instituto de yoga? Pensé en volver y enseguida pensé lo contrario. Sería terriblemente arriesgado. ¿De dónde había sacado yo la idea de que Francisco estaba metido en el narcotráfico? La idea era un poco loca, pero en algo rarito debía andar Francisco, aunque a lo mejor no fuera un pez muy gordo. Claro que ahora tenía una nueva posibilidad: Alberto. Aunque, ¿qué podía saber? En diez años la gente suele cambiar mucho.

Otro hecho que me llamaba la atención era que de repente Francisco no había vuelto a telefonear preguntando por la Guaina y no se le veía el pelo. Las persianas de su casa estaban bajas de día y de noche. Traté de no pensar más y me puse a escribir la nota para la revista.

DOS CARTAS

Las dos cartas llegaron juntas, sin embargo estaban fechada una el martes y otra, el jueves. Se notaba que a mi novio anónimo le sobraba el tiempo porque las cartas eran larguísimas y escritas a mano. Qué trabajo tremendo escribir a mano. Bueno, él siempre me escribió a mano. A mi galán maduro no le hablé jamás de esta historia, aunque, pensándolo bien, muchas oportunidades de hablar no habíamos tenido. ¿Y por qué? Pues porque él siempre estaba ocupado o cansado o tenía sueño. No, este hombre no podía ser un novio y me sospechaba que no tenía la menor gana de serlo. Como no llamó, lo llamé yo para contarle que me había comprado una computadora.

-Ah, qué interesante- me dijo, como quien dice: "Uia, está lloviendo".

Lo sentí tan apático que no tuve ganas de recordarle que alguna vez había intentado ser mi festejante (así lo llamó mi abuela. La verdad es que al escuchar la palabra "festejante" se me cruzan imágenes de gente bailando con máscaras y serpentinas.) Creo que esta relación terminó antes de empezar, me dije apenas colgué el teléfono. No se me ocurrió llorar porque la historia era muy pequeñita y no tenia ganas de convertirme en salchichón.

Las cartas de mi novio anónimo me parecieron tan hermosas, tan poéticas, que en varios momentos me emocionaron. En una me hablaba de su infancia en el campo, me describía paisajes claros, llenos de sol. En la otra me contaba proyectos para el futuro. Pero la verdad es que me resultaron bastante vagos; claro, este hombre evitaba dar datos concretos que me permitieran reconocerlo. Todo era muy poético, muy lírico, pero cada vez más me parecía una trampa. ¿Qué diferencia había entre un galán aburrido y un novio ausente que tenía sobre mí la ventaja de escribirme y saber quién era yo? Ventaja de la que, por otra parte, no gozaba en absoluto. Sentí una bronca tremenda, tremenda,

tremenda. Entonces me puse a escribir una nota en la que planteaba la rigurosa necesidad de ser honestos, dije que ocultarse en el anonimato es una cobardía y puse ejemplos de toda índole. Así, por lo menos, me desahogué.

Las cartas me habían gustado, pero la situación me estaba resultando muy tonta, muy despareja. Decidí no recibirlas más. Y curiosamente no recibí ninguna más, Me quedé muy asombrada y lo suficientemente triste como par ano tener ni siquiera ganas de escribir cualquier otra cosa que no fuera una carta.

ALBERTO GRITÓ: ¡VOS ESTÁS CHIFLADA!

Era rarísimo que mi novio anónimo no diera la más mínima señal de vida. Al principio sentí una bronca terrible. Luego la bronca se transformó en duda. La duda, en asombro y el asombro, en miedo de que nunca más volviera a escribirme. Releía constantemente las cinco cartas recibidas tratando de encontrar un aviso, una clave. Y nada. En eso estaba, releyendo la carta número tres, cuando sonó el timbre: Alberto, que venía a buscar unos disquetes que me había prestado. Lo encaré directamente y le dije que mis sospechas de narcotraficante estaban dirigidas a Francisco.

Alberto me miró con cara de espanto y gritó:

-¡Vos estás chiflada!

Le conté todo con lujo de detalles mientras él me miraba divertido. Me sentí una estúpida. Al final le dije:

-Pero vos qué sabés... hace más de diez años que vos y Francisco no se ven.

Alberto me empezó a decir que él conocía a la gente, y mucho. Eso quería decir que yo era una reverenda idiota. Así, charlando, surgió el tema del cual Alberto se niega a hablar, el de sus años de sindicalista de los obreros bolivianos que le costaron años de cárcel. Fueron años espantosos que le dejaron horribles recuerdos, de los que aún no puede desprenderse.

-A veces me despierto de noche con miedo creyendo que todavía vivo entre rejas. Aunque ya no importa, estoy entero. Y sigo luchando. ¿Sabés que ahora soy delegado de la empresa?- dijo mi amigo.

Me quedé pensando en Alberto durante todo el día. A la mañana siguiente encontré otra carta bajo la puerta: era de mi novio anónimo.

MI NOVIO ANÓNIMO

Llevaba la dirección que mi novio anónimo me había enviado. Fue la carta más breve y más dura de todas las recibidas hasta ese momento. De pronto, casi en un abrir y cerrar de ojos, mi novio anónimo había dejado de ser anónimo. Yo no entendía por qué se daba a conocer así, tan inesperadamente.

Ahora sabía que se llamaba Mario y dónde vivía. Dos datos muy importantes. Pero necesitaba verle la cara, saber si era ciego o paralítico, como generalmente suele suceder en las películas. No sé por qué bromeo, el asunto no era para bromear. Es que, a lo mejor, bromeando, se me pasaban un poco los nervios y no terminaba haciendo barrabasadas. Tomé un colectivo y luego otro. Caminé varias cuadras. Era un día de sol y feriado. Sin pensarlo o automáticamente, como si lo hubiese hecho antes montones de veces, me puse en una larga fila de mujeres. Cuando la de adelante avanzaba, yo caminaba. Aunque era imposible no hacerlo, porque las que estaban atrás empezaban a decir: Vamos, adelante.

Una señora me dio conversación, me preguntó si venía siempre. Le contesté que no, que era la primera vez. Ella me miró con pena y dijo:

-La primera vez es siempre fea.

Yo, en realidad, no sabía si era feo o lindo. Me dejaba estar en la fila. Tenía miedo y, por lo tanto, actuaba con torpeza, pensé que seguramente haría algún disparate. Bueno, la verdad es que no sé si lo pensé en aquel momento o lo pienso ahora. Cuando me tocó el turno me revisaron. No fue agradable. Me trataron con brusquedad, como si yo estuviera bajo sospecha. Después me señalaron una puertita con la pintura descascarada. Al atravesar la puerta más grande me di cuenta de que aquél era un

mundo sin colores, de escasísima luz. Me senté donde me dijeron y entonces, cuando levanté la vista, vi la cara de quien me estaba diciendo:

-Soy Mario.

Era un hombre delgado de ojos tristes.

-¿Por qué no me dijiste que estabas preso?

-Necesitaba una oportunidad. Si te lo hubiera dicho en la primera carta no habrías abierto las siguientes.

-No sé...

-O hubieras leído con prejuicios.

-Probablemente.

-¿Por qué ahora me dijiste dónde estabas y no antes?

Mario hizo un gesto entre risueño y cómplice. Luego dijo:

-Leí la nota que escribiste en la revista sobre el anonimato, me di cuenta de que era un reproche hacia mí.

-¿La revista? Ah, ahora entiendo... Sabías tanto de mí porque leías mis notas.

-Lo único que supe de vos fue a través de tus notas, Pedí tu dirección a la revista y, para mi sorpresa, me la dieron sin más trámite.

-En las próximas notas trataré de ser menos subjetiva, de dar menos datos sobre mi vida.

-¿Estás arrepentida?

-No, no, disculpame.

-Me gustaría...

-¿Por qué estás acá?

Mario no contestó; después de un silencio largo se animó a decir:

-Quise robar un banco.

-Quisiste y te salió mal.

-No era un gran banco, era una sucursal chica en la provincia de Buenos Aires.

-¿Pero fue a mano armada o esas cosas?

-No, viste demasiadas películas. Yo era cajero y había que hacer unas cuantas maniobras.

-Estar aquí por plata. Qué estupidez.

-Sí, fue una estupidez.

-¿Estás arrepentido?

-Sin duda.

Por lo visto no hablábamos más que de arrepentimientos. Traté de hacer un chiste porque lo vi muy apenado.

-No, al contrario. Para lo que me se necesita mucha valentía es para escribir cartas de amor.

¡OTRA CARTA MÁS!

Desde que me levanto hasta que me acuesto no hago más que pensar en Mario y en su cárcel. De Julián ya no me acuerdo. Por lo visto mi galán maduro resultó ser más maduro que galán; allá debe de estar con sus pantuflas leyendo el diario y bostezando. La verdad es que podría haber sido un regio candidato para mi abuela. Tenía tantas ganas de ponerme de novia que al final me salió un novio encarcelado. Aunque Mario tampoco es un novio. No sé si lo podrá ser algún día cuando esté libre. EL domingo que viene lo voy a voy a visitar. Extraño sus cartas.

Al final mi vida está llena de cartas, de cartas o papeles escritos. Ahora, por ejemplo, voy a mi viejo domicilio a buscar correspondencia. El portero del anterior edificio me llamó para avisarme. ¿Quién será? Seguramente alguien que no se enteró todavía de que me mudé.

Volver a mi antiguo barrio otra vez. Igualito, igualito que en el tango.

-Colectivero, espero. Me bajo.

El barrio no cambió nada. Claro, sólo pasaron poquitos meses desde mi mudanza. Me tiene muy intrigada no saber nada de Francisco. Ni el pelo se le ve. Quiero pasar pronto por la veterinaria para agradecerle lo hizo por la Guaina y de refilón averiguar... ¡Uia!, la veterinaria está cerrada. Qué raro a esta hora. Han puesto un cartel que dice "Cerrado por vacaciones". ¿Vacaciones en agosto? ¿Lo habrán metido preso? En su departamento no está ni tampoco en la veterinaria. Quién sabe por dónde andará.

-¿Qué tal, don Carlos? Así que hay cartas para mí.

Don Carlos me da un abrazo, creo que nunca voy a volver a encontrar un portero como este, o tal vez sí, quién sabe.

Me voy con un manojo de caras. Una del extranjero, de mi amiga Shirley, ora, un folleto de propaganda de una editorial; otra, una invitación para la presentación de un libro de hace dos meses atrás. Y otra... ¿quién me escribe esta carta? No tiene remitente ¿De nuevo empezamos con los anónimos?

"*Querida María:*

Te escribo desde la India. He viaja para aprender muchas cosas. Cuando vuelva a Buenos Aires me gustaría que habláramos. Creo que nunca me pude acercar a vos del todo porque sentí que me rechazabas o criticabas igual que mis vecinos. ¿Te dijeron algo de mí? Quiero decir, algo horrible como para que me miraras con esos ojos de alucinada con que mil veces te encontré mirándome. Te juro que hasta llegué a acomplejarme. Después, cuando vos te ibas, me quedaba de lo más intrigado y buscaba defectos en mí: una mancha de grasa en la camisa, la barba crecida, qué sé yo. Nada podía sacarme de la cabeza que cierta cosa atroz debía tener para que vos me miraras de aquella manera.

"Desde que leí tus notas en la revista tuve ganas de ser amigo tuyo. Qué lástima que no resultara así, Cuando nos convertimos en vecinos yo ya estaba muy embarcado en este proyecto social. Fueron semanas vertiginosas. Supongo que comprenderás cómo falta el tiempo cuando uno se mete en estas cosas. Que la ecología, que trabajar con los que menos tienen, juntar ropa, libros, pelear cada cachito de tiempo y esforzarse mucho para que al final se sume un granito de arena que mejore un poco este pobre planeta nuestro al que maltratamos. Bueno... vos ya lo sabés. Así fue que la organización a la que pertenezco recibió en donación ese espléndido coche azul. Lo donó una viejita que en sus últimos años quiso ayudar a los demás. Desgraciadamente sus nietos se opusieron y nos hicieron juicio. Argüían que por un contrato anteriormente firmado la viejita no podía dar nada para obras de beneficencia a

instituciones. No tuvimos más remedio que hacer pasar el coche como una donación a mi persona. No creas que nos mandamos alguna macana ni nada por el estilo, hicimos todo legalmente. Y lo mejor del asunto es que pudimos respetar la última voluntad de la viejita desbaratando la trampa de sus familiares. El coche fue vendido y con el dinero hicimos de todo un poco: ayudamos a chicos de zonas marginales y hasta nos alcanzó para montar una pequeña campaña publicitaria contra la deforestación y la contaminación ambiental. Por suerte nuestra organización ganó el juicio. Te cuento que en ese dichoso juicio salieron a relucir todos los chanchullos de los parientes de la viejita. Habían falsificado documentación a lo grande.

"Hago Hatha Yoga y meditación. Practico mis ejercicios durante la noche. Para la gente soy una persona rara. Recuerdo que un día vos viniste a casa e interrumpiste mi meditación. Me gustaría que te acercaras a nuestro trabajo..."

La carta continuaba. La firmaba Francisco. Me recomendaba visitar un lugar. La dirección era la misma que yo había escuchado por le contestador telefónico de su departamento, la de la casa con puerta y ventana color bordó, adonde fui creyendo que era un centro clandestino de suministro de drogas. Me quedé en medio de la calle con la carta en la mano. Y empecé a llorar. Pero de alegría. Cuando lloro de alegría no me convierto en salchichón.

SE CORTÓ LA LUZ

Suenan el timbre y el teléfono a la vez. ¡Qué lío! Atiendo primero el teléfono. Es mi abuela. Le pido que llame dentro de diez minutos y se pone a darme charla. Dice que tiene una flor de noticia para mí. Da vueltas para crear suspenso. Si la conoceré... Mientras tanto el timbre sigue sonando.

-Abuela, ¡Abuela! Te dejo, llamáme después, ¿si?

-¡Quién es!- grito por el portero eléctrico y nadie contesta.

Por lo visto hoy es un día lleno de misterios. Justo hoy, que ando con mas ganas de escribir que nunca. Y ahora, encima, la Guaina tiene hambre. ¿Pero cómo es posible que esta gata siga teniendo hambres? La trato con indiferencia, es lo único que se me ocurre hacer para que me deje de jorobar: y se paso para salvarla de ser una gata obesa.

Le doy la espalda a la Guaina, que se queda con la boca abierta como una marrana y ¿qué veo? Se apagó la computadora. ¿Se rompió? ¿La apagó alguien? ¿Le agarró un patatús? Juro que no hice nada, que cuando la vi hace un rato estaba encendida. Uia... El reloj digital también está apagado. ¡Se cortó la luz! En fin. ¿Y esos golpes? Caramba: es alguien que golpea la puerta.

-¿Quién es?

-Alberto.

Cuando abro la puerta veo un inmenso paquete con un moño, al costado se asoma la cara de Alberto y atrás Persina, que, diciendo “buenas, buenas”, ya entró en mi casa.

-Menos mal- dice ahora mi solícita Persina. Que este muchacho llegó un minuto antes de que se cortara la luz. Yo le abrí la puerta de abajo. No me agradezcas, María, siendo vecinas es lo menos que puedo hacer Hoy por tí, mañana por mí.

-¿Y ese paquete?

-Es para vos. Me contesta Alberto.

-¿Para mí?

Siento que me tiemblan las piernas. La Guaina da un salto y se sube a los brazos de Persina. Un milagro: es la primera vez que la Guaina confía en otra persona tan rápido.

A que Persina la embrujó. No, no la embrujó nada, le está revisando pelo por pelo.

Suena el teléfono cuando estoy por terminar de abrir el paquete. De nuevo mi abuela.

-María, te doy una sorpresa. Preparáte.

Mi abuela tiene le tono de voz de quien por lo menos va a decirme que me han otorgado el Premio Nobel.

-En la sección cartas de lectores de la revista donde vos escribís, un lector habla de vos. Caéte de espaldas. Dice que quiere conocerte.

-Ah, sí, no me digas- digo yo.

-Caéte de espaldas: es un presidario.

Y dale con que debo caerme de espaldas. Pienso:"Esta vez mi abuela llegó tarde con la noticia". Se ve que tardan bastante en publicar las cartas.

-Abuela, ya lo conozco.

-¿Qué? ¿Desde cuándo tratás con delincuentes? Yo no te enseñé que te juntaras con gente que está fuera de la ley. ¡Quién iba a decirme que ibas a terminar codeándote con un malandrín!

-Abuela, estoy abriendo un paquete.

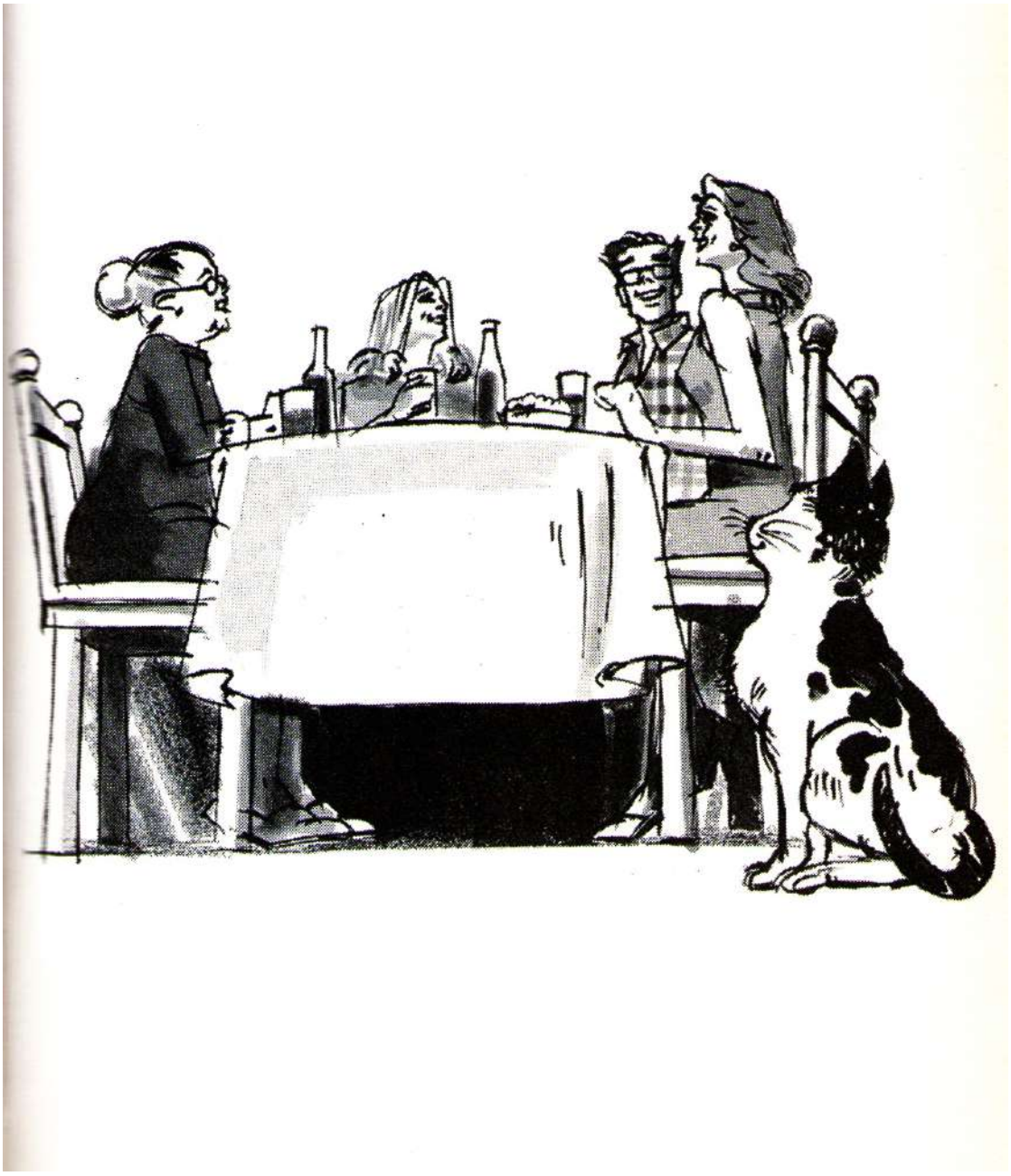
-¿No será robado?

-¿Sabés cómo se llama el preso?

-Sí, Mario.-

-No, Javier.

-¡Entonces es otro!



-María, ¿de qué estás hablando? ¿Con cuántos presos te tratás?

-Abuela, te lo explico después.

Evidentemente mi abuela no tiene ninguna gana de cortar, insiste en que le cuente qué he hecho con mi vida últimamente. Ahora Persina corre a la Guaina de una punta a otra del departamento y Alberto protesta, quiere que cuelgue el teléfono porque necesita hacer un llamado. Mientras tanto la noche va llegando. Termino de abrir el paquete. Saco un elefante blanco con adornos dorados, hermoso. Persona, con la Guaina otra vez en los brazos, en medio de la penumbra, me dice:

-¿Y eso?

-Quisiera saber quién me manda esto.

No tardo en averiguarlo. Dentro de la caja hay una tarjeta: Francisco.

De repente me pregunto qué está haciendo Persina en mi casa. La miro: sus ojos largos queriendo leer la tarjeta que tengo en la mano. Me voy con caja, tarjeta y elefante a mi habitación. Y a la pobre Persina los ojos se le salen de la cara. Sé que las luces verdes de Isadora ya están otra vez titilando. Voy a encender la lámpara de la cocina y la del palier. Vuelve a sonar el teléfono. Es otra vez mi abuela: quiere explicaciones. Le digo:

-Abuela, venite a cenar, ya somos tres. Hoy estamos de fiesta.

-¿El motivo?- me pregunta.

-Qué sé yo. Aquí estoy con Alberto y...

-Salgo para tu casa inmediatamente.

Yo sé que a mi abuela no le gusta la comida vegetariana, que la Guaina es lo menos parecido a una bisnieta para ella, pero con tal de verlo a Alberto para hacerme gancho es capaz de cualquier cosa. Qué lástima que no haya ningún viudo en el edificio, si no lo invitaba. Un viudo ya grande, no estaría nada mal que ella se casara primero. Le voy a preguntar a Persina, quien, al fin de cuentas, no resultó ser tan fastidiosa. A lo mejor

conseguimos un novio justo para mi abuela, uno que quiera jugar a la escoba de quince y al que le guste hablar por teléfono. De pronto Persina nos mira seria y, con una voz llena de entusiasmo, nos propone:

-¿Quieren que les adivine el futuro?

-No, gracias.- digo yo.

-¿Para qué? Con el presente me alcanza.- dice Alberto mientras levanta los hombros.

Entonces Persina mira ansiosa a la Guaina. No me hago el más mínimo problema: la Guaina no se deja engatusar así nomás.

Índice:

La encontré al pie de un árbol …….8

¡Matar! ¡Matar! ¡Matar! …….13

Dime qué comes y te diré quién eres ……19

¿Qué pasa?, pregunté…….21

Qué noche, Dios mío, qué noche……24

Francisco, el veterinario……..28

Guaina, salvada y novio en puerta……..……....31

Lavandina por aquí y detergente por allá……34

¿A quién no le gusta ver a una gata feliz?.....36

La prueba crucial…….37

El veterinario se compró un coche azul……...40

Mi querida Underwood……41

Señoras y señores: mi abuela va al traumatólogo……43

Siempre, el teléfono…….48

Otra vez el coche azul…….51

Vivo aquí……..55

Los vecinos del octavo "B"……. 57.

Domingo……63

Entre vecinos y recibiendo cartas……..66

Llega la Policía……..68

Reunión de consorcio…….70

Espiando por teléfono…….72

Estoy llena de virtudes…….74

Ella, arrinconada, me mira…….76

Visita a mi amiga Inés……78

Alberto, dónde te habías metido……..84

Un día de trabajo…….87

Alberto y sus tramitaciones…….89

Salida nocturna…….92

Alberto, yo y alguien más……95

Adiós, adiós, querida Underwood……97

¡Isadora está viva!.....100

Pasan los días……..101

Nuevamente convertida en salchichón…….103

Una casa con puerta y ventana color bordó…….109

Dos cartas…….111

Alberto gritó: ¡Vos estás chiflada!.....113

Mi novio anónimo……..114

¡Otra carta más!..... 117

Se cortó la luz……120

Esta segunda reimpresión de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de julio de 2001 en Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, República Argentina.

© 1997, Irma Verolín

De esta edición

ALFAGUARA

1997, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Beazley 3860 (1437) Buenos Aires

ISBN: 950-511-289-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Primera edición: mayo de 1997
Segunda reimpresión: julio de 2001

Diseño de la colección:
José Crespo, Rosa Marín, Jesús Sanz

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia
Costa Rica • Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU.
Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay
Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana
Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma,
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

La gata sobre el teclado

Irma Verolín

Nació en Buenos Aires. Ha publicado dos libros de cuentos para adultos y una novela. Entre sus libros para chicos se encuentran *El misterio del loro* y *La fantástica familia Fursatti*. Ha recibido varias distinciones, entre ellas, el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Premio Emecé. Publica regularmente trabajos de investigación y notas sobre espiritualidad y calidad de vida.

Ilustraciones:
GUILLERMO ARCE

María es periodista y vive con Guaina, una gata que ha encontrado en la calle. Conoce a Francisco, un veterinario cuya conducta le resulta muy sospechosa y a quien decide investigar. Más tarde, comenzará a recibir cartas de amor anónimas y los acontecimientos culminarán en un desenlace inesperado. *La gata sobre el teclado* es una novela muy amena, bien narrada y de ágil lectura.

ISBN 950-511-289-0

9 789505 112890

DESDE 12 AÑOS

ALFAGUARA